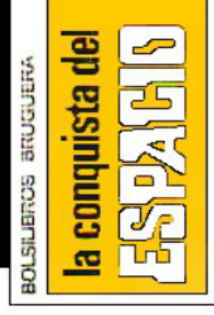


LA FERIA DE LAS ESTRELLAS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

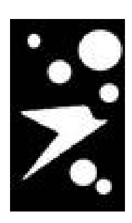
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

460 - Negras aguas de muerte - *Ray Lester*
461 - Espaciópolis - *Curtis Garland*
462 - Cautivo de las hembras Leax - *Ralph Barby*
463 - Lluvia diabólica - *Joseph Berna*
464 - El monstruo del planeta negro - *Ralph Barby*

CLARK CARRADOS

LA FERIA DE LAS ESTRELLAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 465
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 18.200-1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.** Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Lo expulsaron literalmente a patadas. Desde una de las escotillas inferiores, Hugo Tylon saltó al suelo, a cuatro metros de distancia, proyectado por el violento pie del comandante de la astronave, un sujeto de carácter tan violento como puritano y al que no le gustaban los haraganes y menos todavía cuando se convertían en polizones. El capitán tenía mucha fuerza y la gravedad de Phix-ro era la mitad de la terrestre, de modo que Tylon salió despedido a buena distancia y luego descendió con cierta lentitud, hasta posarse en el suelo de aquel desolado planetoide, en el que un comandante de astronave de pasajeros y, además de lujo, habría juzgado indigno detenerse ni siquiera para tomar un café en el parador de Juan «El Cojo».

En aquel asteroide sólo se detenían naves de poca monta, aparatos de carga, contrabandistas, gentes en continuo conflicto con la ley. Pero, aun así, las paradas no eran demasiado frecuentes.

Hugo caminó renqueando hacia el parador, un conjunto de edificios de una sola planta, construidos con la piedra blanda que tanto abundaba en Phix-ro y que podía cortarse incluso con una sierra corriente, no obstante lo cual resultaba extraordinariamente apreciada, por su duración y resistencia a los ataques de los agentes atmosféricos. El edificio central, con bar y comedor, tenía el techo de tejas rojas. Los demás eran almacenes y depósitos de víveres.

Más allá, a un kilómetro y medio, sobre una desnuda colina, se alzaba la estación de relevo de comunicaciones subespaciales, y en la que residía el operario encargado de su mantenimiento. La torre tenía unos ciento cincuenta metros de altura. En la cúspide se divisaba la esfera brillante de numerosas facetas, elemento básico de toda estación de enlace, y a la cual podía llegarse mediante el ascensor que se movía por el centro del entramado metálico. Una vez, le habían ofrecido a Hugo uno de aquellos empleos y lo había rechazado en el acto, estremecido ante la idea de pasar seis meses solo en algún perdido asteroide, sin ver a nadie que no fuese él mismo, en el espejo al levantarse por las mañanas y acudir al cuarto de baño.

Caminó cojeando ligeramente hasta el parador El pie del capitán había actuado con eficacia en la nalga derecha. Cuando llegaba al edificio, un hombre salió a la puerta.

- Bien venido, polizón—dijo Juan «El Cojo».
- Me llamo Hugo Tylon —se presentó el recién llegado.
- ¿Tienes dinero?

Hugo lanzó una risita.

- Cuando sea ministro, te nombraré jefe de la Beneficencia y Caridad —respondió —. ¿Cuál es tu lista de precios?

Juan miró a su oponente de pies a cabeza

—A juzgar por tu aspecto, hasta la consumición, más barata te está vedada —respondió—. Lo siento, Hugo; no me agrada mantener gandules. Estoy aquí para ganar dinero, no para perderlo.

—¿De veras? ¿Cuántas astronaves paran a lo largo del año?

—Las suficientes para hacer interesante mi negocio. He visto la forma en que salías de la «*Queen Lily*». El capitán Warden odia a los polizones.

—Lo sé por experiencia —sonrió Hugo—. Está bien, si no puedo tomar nada, al menos, podré sentarme...

—... en el santo suelo.

La puerta del parador se cerró de golpe. Hugo hizo una mueca. Luego volvió la cabeza.

En todo cuanto alcanzaba la vista, no se advertía otra cosa que desolación. Piedras grises, suelo pardo, con escasas irregularidades y algunos matojos de aspecto indescriptible. La penumbra era constante, parecida a la terrestre durante el atardecer. Sorprendentemente, la temperatura, aun no siendo baja, resultaba soportable. Unos 10 ºC, calculó Hugo.

De cuando en cuando, se veían algunos chispazos en la esfera que remataba la torre de comunicaciones. Ello significaba que la estación recibía o transmitía algún mensaje. Hugo se pellizcó el labio inferior. Ciertamente, eran seis horribles meses, pero luego había un año entero de vacaciones, con el sueldo íntegro. Y no era bajo.

Aburrido, se sentó en el suelo. Entonces, empezó a llover.

* * *

Resultaba curioso ver caer la lluvia, muy densa, pero con gran lentitud, debido a la gravedad, cincuenta por ciento menor que la terrestre. Las gotas eran grandes, casi esféricas, pero, a fin de cuentas, estaban compuestas por líquido y mojaban. Refugiado bajo el alero, muy corto. Hugo empezó a sentirse deprimido.

Sus ropas eran livianas y abrigaban poco. Además, la lluvia, que no cesaba, había provocado una baja de temperatura. Podía acabar nevando, se dijo desanimadamente.

Ahora ya había una oscuridad casi total. Por las ventanas salía la luz del interior, amarillenta, cálida, confortable. Se levantó un poco de viento y el frío aumentó.

Algo cayó en la punta de su nariz. «*El primer copo de nieve*», pensó Hugo, en el momento en que oía un chasquido a su izquierda.

—Vamos, idiota, entra —dijo Juan de mal talante—. Y dale las gracias a la estúpida de mi mujer; de lo contrario, ibas a…

Hugo se sacudió como un perro mojado y cruzó el umbral. Al fondo había una gran chimenea, en la que ardían varias grandes piedras combustibles, con llamas idénticas a las de los troncos auténticos. Aquellas

piedras combustibles eran otro de los raros fenómenos que sólo se producían en Phix-ro.

La mujer de Juan vino con un gran plato lleno de sopa humeante. Era gruesa, rolliza, coloradota, muy simpática Hugo le dirigió una afectuosa sonrisa.

—Adela, algún día podré pagarle este enorme favor —dijo.

—Como no robes el diamante de Fethomir... —gruñó Juan con sorna.

—Eso no hay quien lo robe, hombre —dijo Adela—. Está bien protegido.

—¿Qué pasa con ese diamante? —preguntó Hugo.

—La dueña está en apuros y va a sacarlo a subasta en la feria de Jhigwool —contestó el dueño del parador.

—Se dice que en toda la galaxia no hay dinero suficiente para pagarlo —añadió su esposa.

—En cuanto a mí, pueden estar tranquilos. Ni puedo comprarlo ni tengo espíritu de ladrón —dijo Hugo.

Adela le puso una copa de vino. Juan lanzó un bufido.

—Así cuidas de mis intereses, tonta.

Algún día Hugo nos pagará, ¿verdad?

— Ten la seguridad de que así será, Adela. Diez por uno —contestó el interpelado.

—Y luego querrás prepararle una de nuestras habitaciones —dijo Juan, muy irritado.

—No te preocupes; dormiré junto a la chimenea. ¿Cuándo pasa otra astronave?

Juan se encogió de hombros Adela sonrió:

—Nunca se sabe —contestó—. Phix-ro no es un lugar muy transitado que digamos. No es una estación con horarios fijos.

—La nave que trae el relevo de la estación de comunicaciones, llegará dentro de cuatro meses. Si no viene antes otra, ¿piensas que vamos a mantenerte todo ese tiempo? —rezongó Juan.

—Puedo trabajar… Os traeré piedras combustibles, barreré, limpiaré.

—Adela y yo nos bastamos para ese trabajo.

Hugo lanzó una mirada a la ventana más próxima. La lluvia se había transformado ahora en una espesa ventisca.

—Nevará dos días seguidos, pero luego, en pocas horas, se fundirá la nieve —vaticinó Adela.

—Y entonces... —Juan chasqueó los dedos.

—Sí, me iré —suspiró Hugo.

Adela no dijo nada, pero en sus ojos había pena por el hombre que había sido arrojado como un papel usado, en un lugar inhóspito, en donde la supervivencia por medios propios era imposible.

—No somos ricos —murmuró.

—Me iré —repitió Hugo.

Luego, tendido sobre una piel de oso, artificial, claro, junto al fuego, pensó en la feria de Jhigwool. Un acontecimiento muy interesante y que no le gustaría perderse. Pero si no paraba ninguna astronave...

Al final, se quedó dormido, lo que le libró de las preocupaciones.

* * *

Sonaron unos fuertes golpes. Alguien gritó furiosamente.

—¡Abran, vamos, abran!

Hugo se sentó. Apenas si quedaban algunas brasas en el fuego. Había dormido de un tirón toda la noche, si podía llamarse así al período de descanso de Phix-ro. ¿Acaso era el operador de la estación de comunicaciones?

Juan y su esposa, envueltos, en sendas batas, acudían ya. Hugo llegó antes y abrió la puerta por la que penetró en el acto un turbión de copos de nieve.

Varias personas irrumpieron en el parador. Dos de los recién llegados traían en brazos a un individuo que se quejaba sordamente. En el grupo figuraba una mujer, que echó hacia atrás la capucha de su traje forrado de pieles.

—Hola, Juan —saludó con voz de trueno—. Aquí te traigo a un estúpido, que fue a romperse una pata en el momento menos oportuno.

El herido fue depositado sobre un diván. La recién llegada se desabrochó el chaquetón.

—Ese imbécil nos ha hecho polvo —masculló—. Se emborrachó como un cerdo, quiso hacer equilibrios sobre una pirámide de botellas y…

—Pero yo no soy médico, Subeira —alegó Juan.

—Ya le hemos entablillado la pierna. Lo único que quiero es que lo tengas aquí, hasta nuestro regreso, si es que podemos marcharnos.

—¿Por qué no?

—Era nuestro navegante.

—Bueno, se puede marcar el rumbo, sentado en un sillón…

—Ese idiota, no; está, además, atiborrado de droga. Si no me doy cuenta a tiempo, nos rompemos las narices contra la superficie de este maldito asteroide. Juan, ¿cuál es tu precio?

—Una de plata al día —respondió el dueño del parador.

La mujer arrojo una bolsa hacia Juan.

—Ahí están todos los sueldos de ese imbécil —dijo—. Si se te acaba el dinero, antes de que esté repuesto del todo, échalo fuera.

El herido parecía sumido ahora en un pesado sopor, que le mantenía en la inconsciencia, a pesar de lo cual murmuraba palabras incoherentes. Subeira añadió:

—Ah, y si quieres ahorrarte trabajo y ganarte un dinero, mátalo y entiérralo en cualquier parte. No te reclamaré nada, créeme.

—No somos asesinos, Subeira —protestó Adela.

—Me es igual. —De pronto, Subeira se fijó en el hombre que estaba discretamente apartado a un lado—. ¿Quién eres tú? —preguntó.

—Hugo Tylon, expulsado de la «*Queen Lily*» por no tener dinero y viajar como polizón —respondió el interpelado.

Subeira entornó los ojos.

—¿Qué sabes hacer? —inquirió.

—Todo.

—¿Incluso pilotar una astronave?

—Sí.

—¿Adónde te dirigías cuando te expulsaron de la «*Queen Lily*»?

Hugo se encogió de hombros.

—No iba a ninguna parte y me dirigía a todas —contestó, con amplia sonrisa.

—Si eres piloto, ¿por qué no tenías un empleo?

—Me suspendieron la licencia.

—¿Por qué?

—Contrabando.

—Es raro —murmuró Subeira—. No he oído nunca que un tal Hugo Tylon fuera expulsado

—Tengo buenos amigos en las altas esferas.

—Y echaron tierra al asunto.

—A condición de que aceptase la suspensión.

—Ya. ¿Quieres pilotar mi nave"

—¿Cuánto pagas?

—Estás aquí, solo, sin dinero, ¿y tienes todavía la desvergüenza de pedir una paga?

—Tú también estás en un apuro, creo.

De pronto, Subeira se echó a reír. Era una mujer alta, fornida, de facciones muy bastas y pechos voluminosos, que se agitaron fuertemente con sus carcajadas.

—Está bien, quedas contratado por cinco áureos semanales —dijo al cabo.

—Dale uno a Juan. Le debo el hospedaje.

—Lo que has gastado vale solamente cuatro cobres —protestó Adela.

Hugo se acercó a la mujer y la cogió de los brazos.

—Lo que hiciste anoche, cuando empezaba a nevar, no tiene precio —sonrió—. Juan, con tu permiso.

Hugo besó la sonrosada mejilla de Adela, que se puso aún más encarnada. Luego se encaminó hacia la puerta.

—Subeira, ¿adónde nos dirigimos? —preguntó.

—A la feria de Jhigwool —contestó la mujer sin vacilar.

—¿Vas a pujar en la subasta del diamante de Fethomir? —preguntó Juan.

Subeira se volvió y sonrió de un modo extraño.
—Al menos, voy a contemplarlo —respondió.

CAPÍTULO II

La nave de Subeira tenía un nombre disparatado, «*Rayo Loco*», y su tripulación estaba compuesta por la más extraordinaria colección de tipos de todas clases que Hugo hubiese visto jamás. La actitud de Subeira era enteramente despótica y no toleraba la menor observación, que fuese crítica u objeción de sus decisiones. En los días que siguieron, Hugo la vio propinar una tremenda paliza, sólo con sus manos, a un tripulante que se permitió llamarle «*vaca bípeda*» y otras lindezas. Uno se negó a hacer su turno de guardia, alegando cansancio, y Subeira le hizo «*descansar*», encerrándole en un camarote, atado de pies y manos, durante cuarenta y ocho horas.

Pero, en general, eran casos aislados. Los tripulantes solían obedecer como rayos las órdenes de su hombruna capitana incluso la de pasar la noche con ella en su camarote. Para Hugo, Subeira era una ninfómana, lo que no excluía otras cualidades.

Por ejemplo, la falta absoluta de moral. Antes de que transcurriese una semana, ya conocía los verdaderos motivos del viaje de Subeira y sus hombres a la feria de Jhigwool.

Lo supo una noche, cuando acudió al comedor y los vio a todos en conversación a media voz, como si fuesen conspiradores. Subeira presidia la reunión y señalaba algo en un plano, con un lápiz. Cuando Hugo abrió la puerta, ella lo arrojó con malos modos, dedicándole unas cuantas frases ofensivas para sus ascendientes. Hugo se retiró en el acto y, una hora más tarde, recibió orden de acudir a la cámara de Subeira.

Ella le recibió, el pelo suelto y envuelta en una aparatosa bata de encajes.

—Quiero probarte —dijo, sin más preámbulos.

—Pierdes el tiempo —contestó él—. Soy alérgico a las mujeres.

Los ojos de Subeira se dilataron.

—No me digas

—Lo siento. Tendrás que llamar a otro.

Hugo dio media vuelta. Ella no le dejó salir.

—Espera —ordenó.

Hubo un instante de silencio. Subeira le miraba fijamente.

—¿Qué sabes tú del diamante de Fethomir? —preguntó.

—Es una piedra muy valiosa, es todo lo que puedo decirte.

—¿Lo has visto alguna vez?

—No.

—Yo, sí —declaró Subeira, con voz ensoñadora—. Es algo que no se puede describir con palabras, una cosa que no se olvida jamás, una vez que se ha visto aunque sólo sea una vez y durante un segundo... ¿Conoces sus dimensiones?

—Sólo sé que es grande...

—¿Grande? —rió Subeira—. Es un prisma, de base cuadrada, y mide veinticinco centímetros de lado por cincuenta de longitud. ¿Te das cuenta del valor de esa piedra preciosa?

—He oído decir que la sacan a subasta

—Por el precio inicial de dos billones de áureos. Dos millones de millones, para que lo entiendas.

Hugo se encogió de hombros.

—Cuando lleguemos a Jhigwool, habré ganado solamente diez áureos. Como te debo uno, cobraré nueve. No pujaré por el diamante, te lo aseguro

Subeira sonrió enigmáticamente.

—No, no irás a la subasta —convino—. Anda, lárgate, tipo asqueroso. ¡Mira que no gustarle las mujeres!

Hugo estuvo a punto de contestar que no le gustaban las mujeres con aspecto de mula, pero prefirió callarse. Lo que menos quería en aquellos momentos era enzarzarse en una pelea con aquella giganta.

—Sí, señora —contestó.

Regresó a su camarote. Sentado en el borde de la litera, reflexionó profundamente.

Subeira no era de fiar absolutamente. No se trataba de haber herido su amor propio, desdeñando sus requerimientos, cosa que habría sucedido si la hubiera rechazado sin más. Pero al insinuarle una homosexualidad inexistente, cosa que ella, lógicamente, no podía conocer, la ofensa no se había producido.

Algo diferente era su falta de confianza hacia él. Subeira era lo suficientemente lista como para darse cuenta de que no tomaría parte en asuntos sucios. Había mencionado el diamante de Fethomir y la subasta que se iba a realizar..., pero tenía la seguridad de que ella no pensaba adquirir el diamante por medios precisamente lícitos.

Y si no confiaba en él, las consecuencias que se podían extraer eran obvias



Tres noches después, Hugo se preparó.

Jhigwool estaba prácticamente a la vista. El aterrizaje era cuestión de horas, menos de veinticuatro.

Hacia las dos de la madrugada, alguien abrió cautelosamente la puerta de su camarote. Hugo estaba en su litera.

El hombre cerró. Luego avanzó un paso, dos… y entonces, un brazo que parecía de hierro se enroscó en torno a su cuello.

Hugo apretó con todas sus fuerzas, hasta que el sujeto hubo perdido el conocimiento. Entonces, lo llevó a la cama, deshizo los bultos con los que

había simulado un cuerpo humano y colocó allí al sujeto.

Luego encendió la luz y recogió el arma que pensaba emplear su frustrado asesino. Era un puñal percutiente: entraba en la herida la primera vez y luego una serie de mecanismos, situados en el puño, hacían que la hoja repitiese la macabra operación una docena de veces. Los destrozos que ello causaba en el cuerpo humano eran indescriptibles.

Desconectó el mecanismo de percusión y se puso el puñal entre el cinturón y la camisa. Después, apagó la luz, se asomó al corredor y salió por fin de su camarote

Bajó a la cubierta inferior y buscó la puerta que comunicaba con el departamento en que se alojaban los botes salvavidas. La «Rayo Loco» disponía de tres.

Hugo manipuló en los controles de dos de ellos. Cuando estaba a punto de terminar, oyó gritos más arriba:

—Heiki está muerto…

—¿Dónde está el piloto?

—Traedme a ese rufián, vivo o muerto —rugió Subeira.

Hugo soltó una alegre carcajada. Entró en el bote elegido, cerró la escotilla y accionó los controles. Luego pulso el mando de eyección y la navecilla salió disparada al espacio.

Un par de segundos después, los motores de los otros dos botes se encendieron a la máxima potencia. No obstante, sujetos a sus anclajes, permanecieron en el compartimento. Pero la acción de aquellos motores provocó una fuerte sacudida en la astronave. Todos los que estaban en pie rodaron por el suelo.

—¿Qué ha pasado aquí?—gritó Subeira.

A través de uno de los «*ojos de buey*», alguien vio la brillante línea de luz roja que se alejaba a toda velocidad.

—Me parece que Tylon nos la ha jugado —dijo.

Subeira se puso en pie, blasfemando obscenamente;

—La nave ha sufrido una fuerte desviación orbital. Es preciso corregirla.

—Sí, pero, ¿quién la llevará a Jhigwool?

Subeira lanzó una mirada hacia la chispita de luz roja que se alejaba vertiginosamente. Incapaz de responder por el momento a la pregunta de su subordinado, alzó el puño.

—Hugo Tylon —bramó—, el día en que te ponga la mano encima, vas a lamentar haber nacido.



La distancia que debía recorrer no era demasiado grande y el bote disponía del combustible suficiente, además de los elementos necesarios para

la supervivencia. Hugo hizo un repaso general de cuanto había en la navecilla y luego se acomodó en el sillón del piloto. Había fijado ya el rumbo y no tenía que preocuparse por el gobierno del aparato. Echó hacia atrás el respaldo, cerró los ojos y trató de dormirse, después de toda una noche en vela.

De repente, despertó sobresaltado.

Una campanilla de alarma tintineaba insistentemente. Miró con un ojo abierto solamente. Alguien llamaba por radio. Al dar el contacto, echó un vistazo al reloj. Había dormido cuatro horas largas. La sensación de sueño había desaparecido.

—¡Socorro! —fue lo primero que oyó—. Venga a ayudarme; estoy a punto de morir.

Hugo respingó. Era una voz de mujer y, desde luego no pertenecía a Subeira

—¿Dónde está? —preguntó.

—Veinte grados a estribor de usted. Veo el centelleo de sus lámparas de situación. Nivel inferior en once grados. Rápido, me queda ya muy poco aire

—¿Qué le pasa?

—No haga preguntas y actúe. Estoy en una burbuja de salvamento y llevo en ella cuarenta y ocho horas. ¡Por favor!

Hugo «barrió» el espacio con el localizador de objetivos. No tardó en divisar la esfera transparente mencionada por aquella mujer.

—Está bien, voy ahora mismo —dijo —. Contenga la respiración todo lo posible. Relájese, no se mueva; eso ahorrará oxígeno

—De acuerdo.

Hugo tomó los mandos y el aparato describió un amplio semicírculo descendente. Por medio del radar, calculó la velocidad de la burbuja de salvamento y trató de equiparar la de su nave. Un cuarto de hora más tarde, estaba en las inmediaciones de aquella esfera transparente que flotaba en el espacio como si fuese la pompa de jabón creada por un chiquillo.

Maniobró con todo cuidado y se situó a pocos metros de la burbuja. La mujer que había en su interior era joven, de pelo cortado en melena, a lo paje, y color oscuro, con algunos hilos dorados. Vestía un traje de una sola pieza, color fucsia y se la veía muy asustada.

—Calma —dijo, a través de la radio—. Vamos a ver si la sacamos de esta situación. En primer lugar, dígame, ¿qué marca el indicador de oxígeno?

—Diez minutos, doce segundos —contestó ella.

Hugo torció el gesto

—No es demasiado y mi bote no dispone de escotilla compensadora de presión.

Estudió la burbuja durante algunos segundos. En la parte inferior, se veía un pedestal, de forma casi cúbica y un metro de lado, que contenía todos los elementos necesarios para proporcionar aire al ocupante de aquel singular vehículo espacial. Junto a la mujer, se veía una bolsa casi completamente vacía. Sin duda, estaba a punto de agotar las provisiones de agua y víveres.

Hugo conocía muy bien el funcionamiento de las burbujas de salvamento. Cuando se producía un peligro inminente y, sobre todo, inesperado, la persona afectada se sentaba en el pedestal, oprimía un botón y la burbuja se «*fabricaba*» en un par de segundos Pero era un medio de emergencia, con duración muy limitada. Había ya astronaves que no lo utilizaban debido a su ineficacia. Era mejor procurarse más botes de salvamento; aunque ocuparan un espacio mucho mayor, daban unos resultados mucho mejores, debido a su larga autonomía, cosa imposible de conseguir con aquellas esferas de plástico.

Pero ahora no había que perder tiempo en disquisiciones. Era preciso salvar a la joven y disponía ya de muy poco tiempo.

—No se mueva —dijo, a la vez que se ponía en pie.

Enfundarse el traje espacial le costó ocho minutos. Al terminar, efectuó la descompresión, cosa que le empleó un minuto más. Cuando salió, el margen que le quedaba a la muchacha era de un minuto.

En la mano llevaba un cable, dotado de un arpeo magnético, que sujetó al pedestal. Luego retrocedió, usando el propulsor individual, y remolcó la burbuja, hasta situarla frente a la escotilla

Ahora venía lo peor. Apenas disponía de treinta segundos. Claro que la joven podía aguantar sin oxígeno un par de minutos más. Incluso un tiempo superior. Pero la esfera no pasaba a través del hueco, debido a sus dimensiones.

No había más remedio que perforar. Sacó un cuchillo que ya llevaba prevenido, pegó un fuerte tajo y el aire viciado escapó casi instantáneamente.

La esfera perdió su forma. Hugo pudo ver cómo la joven contenía la respiración, manteniéndose rígida, mientras los pliegues de la esfera caían sobre ella. Pero así pudo dar un fuerte tirón y hacer que el aparato penetrase en el interior del bote

Inmediatamente, con toda rapidez, ejecutó dos operaciones: primero, cerró la escotilla. Luego corrió al cuadro de mandos y abrió las espitas de aire. La presión se restableció en menos de diez segundos.

Cuando regresó junto a la burbuja. La joven estaba sin conocimiento.



Hugo vio que el pecho de la desconocida se distendía regularmente y retiró de su cara la mascarilla de oxígeno. Fue a la pequeña cocina de la nave y preparó café. Cuando lo tuvo listo, regresó a la cámara. Ella había abierto ya los ojos.

—Llegó usted a tiempo —sonrió débilmente.

Hugo le entregó la taza.

—Muy justito, pero suficiente —contestó—. Tuve que dejarla algunos

segundos sin aire, pero no había otra solución.

—En este caso, los medios justificaban el fin. —La joven tomó un par de sorbos de café y añadió—: Soy Iris de Fethomir.

—Hugo Tylon —dijo él—. Ah, Fethomir

—Sí.

—Lleva como apellido el nombre de un planeta.

—Mi apellido dio nombre al planeta —puntualizó Iris orgullosamente.

—Lo cual significa que es usted la propietaria.

—Exacto.

Hugo meneó la cabeza.

—No hay muchas personas que puedan decir lo mismo —manifestó—. ¿Qué tratamiento debo darle? ¿Alteza...?

—Use mi nombre, simplemente. Tengo derecho a ese título, pero no lo utilizo corrientemente.

Los párpados de Hugo se entornaron

—Si es usted la dueña de Fethomir, es también la dueña del diamante que se va a poner en subasta en la feria de Jhigwool —dijo.

—En efecto, soy la dueña de ese diamante —confirmó Iris.

CAPÍTULO III

Jhigwool estaba ya a la vista, una esfera blancoazulada, de un aspecto típicamente terrestre. Iris, después de unas cuantas horas de sueño reparador, apareció en la cabina de mandos.

—Hugo, ¿cómo está usted en un bote salvavidas? —preguntó.

El joven se echó a reír.

—Soy un vagabundo del espacio —contestó—. Quería volver a la Tierra y me metí de polizón en una nave de pasajeros, pero me descubrieron antes de tiempo y el capitán me arrojó a patadas, dicho sea en un sentido absolutamente literal. Luego vino una nave que tenía herido al piloto y su comandante me contrató, pero luego me di cuenta de que sólo quería que los guiase hasta Jhigwool. Por lo visto, no me consideraban digno de confianza y me largué, después de evitar que comprobaran en mi cuerpo la eficacia de un puñal percutiente.

—Era una nave pirata —adivinó Iris.

—Al menos, sus tratos no son limpios —dijo Hugo—. Bueno, me apoderé de uno de sus botes salvavidas, pero antes manipulé en los controles automáticos de los otros dos, de modo que sus motores se pusieran en marcha a pleno régimen, con lo que la órbita de la nave resultó alterada.

—Pueden perderse en el espacio, Hugo.

—Eso no me quita el sueño. Ellos querían matarme. Además, he evitado que roben el diamante.

—¿Cómo?

—Tengo la seguridad de que se dirigían a Jhigwool, para robar el diamante. Y, por lo que he captado, no serán los únicos.

Iris pareció sentirse muy preocupada.

—Está bien protegido —dijo.

—Hay gentes capaces de todo —aseguró él—. Pero, usted, ¿cómo fue a parar a una burbuja de salvamento?

—Hubo alarma de explosión. Apenas si tuve tiempo de situarme en una escotilla y accionar los mandos. Los eyectores me alejaron a una docena de kilómetros. Entonces, se produjo la explosión.

—No viajaba sola en la nave, supongo.

—Claro que no —contestó Iris—. Éramos una docena en total. La nave estaba al mando del capitán Vurlodix, hombre de toda mi confianza. Han debido de morir todos —añadió ella tristemente.

—Lo siento de veras. Se dirigía, sin duda, a la feria

—Sí. He de estar presente en la subasta.

Hugo se volvió en el asiento.

—Iris, perdone la pregunta, pero, dígame, ¿por qué vende la piedra?

La joven emitió un hondo suspiro.

—Es largo de contar —respondió—. En síntesis, tuve un ministro de finanzas que llevó a mi país a la bancarrota. La deuda exterior es muy elevada y no puedo cancelarla de otro modo.

—Eso lo explica todo —convino él—. De modo que su ministro concertó préstamos.

—Cuya devolución es exigida sin más prórrogas por las entidades que hicieron los préstamos. Concretamente, el primer Banco interplanetario.

Hugo silbó.

—He oído hablar de su principal accionista, prácticamente, el dueño. Se llama Ruprecht Ahawassi y se dice que en lugar de corazón, tiene una calculadora. Digiere el oro como si fuese pastel de manzana y se rumorea que en su dentadura artificial tiene grabado, en cada pieza, el símbolo de la moneda galáctica.

Iris se echó a reír.

—La A con dos barras horizontales transversales, en lugar de una —exclamó—. Sí, es posible que sea como dice. Para ese hombre, la única palabra agradable es dinero.

—De modo que no ha tenido otro remedio que poner la piedra en venta.

—Es la única solución para salvar de la crisis a Fethomir.

—Iris, por favor, cuénteme cosas de la piedra —pidió él, muy interesado

—Bien... Es diamante-rubí, lo que eleva todavía más su precio. Mide veinticinco centímetros de ancho, por otro tanto de alto, y cincuenta centímetros de largo. Eso da un volumen de treinta y un mil doscientos cincuenta centímetros cúbicos, y si tenemos en cuenta la densidad, el peso es de ciento diez kilos, lo que, traducido a quilates, da la cifra de quinientos cincuenta mil. Ahora bien, la última cotización del quilate de diamante-rubí está en cuatro mil ochocientos veintisiete áureos, lo que señala el precio total del bloque, en más de dos billones, seiscientos mil millones de áureos —recitó Iris de un solo tirón.

—Voy a marearme —dijo Hugo—. Son cifras que escapan a mi imaginación.

—La deuda exterior de Fethomir supera los dos billones, sin contar intereses, que alcanzar, a más de los cien mil millones de áureos —manifestó la joven.

—Con la venta del diamante, estarán superadas sus dificultades financieras y aún sobrará dinero

—Suponiendo que haya quien esté en condiciones de pujar en la subasta.

—Quizá Ahawassi..

—Seguro. Es más, puede que sea el único. Entonces, ofrecería solamente un precio igual al de la deuda.

—Con lo cual se quedarían sin diamante y sin cierto remanente de dinero, que podría ayudarles a terminar de solucionar su situación económica.

—Sí, es lo que temo, pero no hay otra solución.

—Supongamos que no quiere poner el diamante en venta y que no puede devolver el préstamo. ¿Qué sucedería entonces?

—Ahawassi embargaría el planeta, así como suena

—Y todo lo que se produce en Fethomir, naturalmente; seria para él.

—Sí.

—Por su bien, espero que no roben el bloque, Iris

—Es imposible. Está muy bien protegido.

—Ojalá sea como desea —sonrió Hugo—. Iris, estamos a punto de llegar a Jhigwool, pero se me presenta un pequeño problema. No tengo dinero para ayudarla

—Oh, no se preocupe. Allí dispongo de buenos amigos. Me ayudarán, y a usted también, claro; a fin de cuentas, no puedo olvidar que me ha salvado la vida.

—Por casualidad.

—Los motivos importan poco —sonrió Iris—. Oiga, dice que es un vagabundo del espacio, pero sabe pilotar astronaves.

—Y eso, ¿qué importa? Me cansé del oficio, simplemente.

—En algunos sitios, no miran demasiado bien a los vagabundos.

—Nunca he perdido el sueño por esa causa. Al contrario, en cuanto dejé de someterme a unas normas rígidas e inviolables, cesó mi tensión interior. Voy donde me parece, me quedo donde me aceptan; si no me aceptan, me largo.

—Y, a veces, trabaja para conseguir un poco de dinero —sonrió la joven.

—Claro pero no duro mucho en el empleo. Apenas tengo cinco o diez áureos en el bolsillo, desaparezco y me voy a otra parte.

Iris miró de reojo a su interlocutor. Era un hombre alto, ancho de hombros, de ojos oscuros y barba corta, rizada. Un tipo muy atractivo pensó.

—Tal vez un día se canse de esa vida errante...

—Por el momento, no pienso en ese día —contestó Hugo. Y tras unos segundos de pausa, pensativamente, añadió—: Cuando me canse de esta vida, me retiraré a Nirvanux.

—¿Qué hay en Nirvanux?

—Gente pacífica, amable, cariñosa… Un clima muy agradable, tranquilidad Allí se vive la vida como debe ser; disfrutando de cada momento, sin prisas, saboreando cada minuto de la existencia. .

—Vamos, una especie de paraíso terrenal.

—Algo por el estilo. ¿No le gustaría conocerlo?

—Quizá, pero tengo que hacer mucho por mi pueblo —respondió la muchacha—. Cometí un error al aceptar el nombramiento de un incompetente ministro de Finanzas y debo repararlo.

—Ojalá lo consiga —deseó él fervientemente.

* * *

La feria de Jhigwool estaba en pleno apogeo.

Mientras caminaban por una de las más amplias avenidas de la ciudad —había ciento ochenta y tantos metros de distancia entre los edificios que la componían—, contemplaban el más abigarrado espectáculo que la mente humana hubiera sido capaz de imaginar.

En la feria se compraba y se vendía de todo. Una enorme mujer, de pechos gigantescos y caderas de barca de pescador, ofrecía su mercancía: muchachas de quince años, todas vírgenes. Un poco más allá, otra mujer ofrecía jovencitos imberbes, y gritaban y elogiaban su «*mercancía*» con voces que herían y torturaban los tímpanos.

Los biónicos de Macchinus pululaban por todas partes, seres metálicos, con cerebro humano. Los ojos de aquellos seres escrutaban codiciosamente a todas las personas que encontraban en su camino. Iris se dio cuenta de que una biónica la miraba fijamente y sintió miedo.

—Esa mujer mecánica —murmuro.

De pronto, oyó que alguien pronunciaba su nombre:

—¡Iris! ¡Iris!

Ella se volvió un poco. Un hombre de mediana edad trataba de abrirse paso a través de la abigarrada muchedumbre. El rostro de Iris se animó al reconocer a aquel sujeto.

—Kimor de Freli —exclamó—. Me dispensas un momento, ¿verdad, Hugo? —dijo, a la vez que se separaba del joven.

—Claro, no faltaría más.

Iris se alejó. Entonces, Hugo sintió en el brazo el contacto de una mano.

Volvió la cabeza. La mujer biónica con la que se habían cruzado segundos antes y que tanto miedo había dado a la muchacha, le sonreía de un modo muy especial.

—Humano, ¿quieres ganarte cincuenta mil áureos?

—¿Qué he de hacer? —preguntó Hugo.

—Véndeme a tu acompañante.

Hugo separó con suavidad aquella mano de dedos metálicos.

—No me pertenece —contestó.

—Es lo mismo —dijo la biónica—. Consíguela para mí y tendrás los cincuenta mil y algo más.

—Lo siento.

—Me llamo Yariwa. Si cambias de opinión, búscame en el «*Maghic*». Ah, y subo la cifra a setenta y cinco mil y dos meses conmigo después, todos los gastos pagados.

—Adiós, Yariwa.

La biónica se alejó. Si, allí, en la feria, se compraba y se vendía de todo. Y Hugo sabía muy bien por qué aquella mujer mecánica, en la que sólo había

de humano su cerebro, quería comprar a Iris.

Había más biónicos en Jhigwool. Y Hugo sabía que no todos se comportaban con tanta mesura como Yariwa. Sería preciso tener bien abiertos los ojos, se dijo.

Por aquella avenida circulaban los seres más diversos. Hugo vio a los hombres-camaleón de Ruthor, con la facultad de cambiar de color de piel a voluntad. En las selvas de su planeta, eran unos enemigos temibles; se confundían con el ambiente que los rodeaba y resultaban invisibles, hasta el momento de atacar a sus enemigos. También había esferoides de Valik, redondos como pelotas de casi dos metros de diámetro, que se desplazaban rodando y botando, aunque podían mantenerse erguidos sobre dos minúsculos pies, con palmas de pato. Los brazos eran extensibles, pero normalmente se replegaban dentro de la esfera que era su cuerpo, lo mismo que la cabeza. Cuando lo necesitaban, podían desplazarse casi a cien kilómetros por hora.

Había también hombres-saurio, con lomos escamosos y cola de reptil; estaban los hexápodos de Jawahr, horribles seres de cuatro brazos y dos piernas, piel oscura y velluda y boca en forma de pico, lo que les daba un cierto aspecto de araña de seis patas, que les hacía altamente repulsivos. Sin embargo, eran los seres más dulces y pacíficos que jamás había conocido.

Hugo vio también ladrones, prostitutas —todas ellas con el cartelito de su precio y sus «*habilidades*». —Muchas se ofrecían solamente por parejas o por tríos e incluso por cuartetos, y no se alquilaban solitariamente. También había brujas, adivinos del porvenir, vendedores de toda clase de drogas y pócimas mágicas; jugadores de ambos sexos, que tenían sus puestos instalados en los lados de la avenida y en los que se podía jugar a todo y de todo y apostar con cualquier cosa que tuviera valor... Una esposa guapa y en buenas condiciones, no embarazada, podía apostarse por quinientos áureos, y viceversa; el marido también podía servir como prenda de juego

—En resumen, aquí no hay nada que no se pueda comprar o vender —murmuró el joven sonriendo.

Y, de repente, se sintió asaltado por una pequeña multitud de seres chillones y gesticulantes, que empezaron a trepar por sus piernas, agarrándose a los ropajes, para llegar a sus brazos, a sus hombros y a la cabeza.

Eran los homúnculos de Xil-Pho, seres cuyo tamaño medio era una décima parte del de un humano corriente, pero que, no obstante, conservaban debidamente las proporciones corporales adecuadas. En pocos segundos, Hugo se vio «*invadido*» por dos docenas de aquellos seres minúsculos, que emitían grititos de placer y se movían sobre él como hormigas gigantes.

Hugo reconoció a algunos de los homúnculos, en cuyo número había igualdad de sexos.

—¡Arith! ¡Beena! ¡Torko! ¡Slyssia! —dijo, complacido, a la vez que alargaba los brazos, para que los seres diminutos se sentaran en ellos como pájaros en las ramas de un árbol—. ¡Cuánto me alegro de veros! No esperaba encontraros aquí

—Hemos traído joyas para vender —dijo Arith.

—Y ya hemos agotado la mercancía —exclamó Beena alegremente. Era una delicada figurita de dieciséis centímetros de altura, con una silueta perfecta.

—¿Por qué no te vienes con nosotros a Xil-Pho? —sugirió Torko.

—Nos gustaría que estuvieses allí una temporada —suplicó Slyssia, tan bonita como la anterior

—Tengo trabajo en la feria —mintió Hugo.

Los pigmeos de Xil-Pho eran grandes amigos suyos. Le darían cuanto les pidiese, pero Hugo no quería deber demasiados favores.

—Quizá vaya un día, cuando termine el asunto que tengo entre manos —añadió.

Sobre su cabeza tenía dos homúnculos, que parloteaban alegremente. Algunos se paraban a contemplar la escena. No era muy corriente que los pigmeos de Xil-Pho se comportasen tan amablemente con las personas de estatura normal.

Slyssia corrió a lo largo de su hombro, se acercó a la cara y le besó en el pómulo.

—Te recordamos con todo cariño —dijo sinceramente.

—Gracias, encanto. No sabes cuánto celebro oírte hablar así —respondió Hugo.

—Estamos todavía una semana —dijo Arith. jefe del grupo—. Si necesitas algo de nosotros, llámanos en el *«Berkiss»*. Hemos instalado allí nuestro campamento, ¿sabes?

—¿Habéis venido muchos? —preguntó Hugo.

—Oh, unos quinientos… Ven a celebrar con nosotros el banquete de gracias. Mañana por la noche.

—Haré lo imposible por ir, Arith.

Los pigmeos se *«apearon»* con increíble agilidad. Iris llegaba en aquel momento, seguida por el hombre llamado Kimor de Preli.

CAPÍTULO IV

—Hemos de separarnos ya, Hugo —dijo la muchacha—. Mi amigo Kimor de Freli me ha ofrecido hospedaje en su casa.

—No tengo nada que objetar —contestó el joven.

De Freli avanzó un paso y tendió la mano.

—Iris me ha contado lo ocurrido —dijo—. Se portó usted valerosamente. Ella le debe la vida

—Bueno, no tiene tanta importancia...

De Freli metió la mano en el interior de la túnica y sacó algo.

—Iris me ha dicho cuál es su situación. Por favor, acéptelo como prueba de reconocimiento.

Hugo tomó los billetes que le ofrecía el sujeto.

—La verdad, estoy sin blanca —sonrió.

—No deje de asistir a la subasta, Hugo —dijo Iris.

—Será algo interesante —afirmó de Freli.

—¿Cuándo se celebra? —preguntó el joven.

—La semana que viene, exactamente, el sábado a las doce en punto —respondió Iris.

—Soy el propietario de «*Mercaderías Interestelares*» —dijo de Freli—. Siempre que necesite algo, no tiene más que preguntar por mí, Hugo…

«Un comerciante de prestigio», pensó el joven.

—Una pregunta, Hugo. Le hemos visto con los homúnculos de Xil-Pho —dijo el traficante—. ¿Tiene amistad con ellos? No suelen mostrarse muy afectuosos con los seres de mayor tamaño

—Somos buenos amigos, en efecto.

—Eso no es muy corriente —observó Iris

—Hace algunos años, pude evitar que unos cazadores de esclavos se llevasen a un millar de pigmeos. Ocupan muy poco espacio, pero suelen alcanzar precios muy altos.

—¿Qué les pasó a los cazadores de esclavos? —quiso saber de Freli.

—Murieron —respondió Hugo lacónicamente.

—Oh... Les estuvo bien empleado. Los seres humanos deben ser libres, no importa su figura o su tamaño.

—Aún quedan muchos cazadores de esclavos. ¿Por qué venden adolescentes de ambos sexos?

—Eso es diferente —murmuró de Freli, muy pensativo—. Los vendedores son sus padres o sus madres. Los engendran precisamente para eso. Pero algún día acabará también ese inicuo comercio. En cuanto a los cazadores de esclavos, son ya muy pocos los que quedan. Las patrullas tienen orden de exterminarlos sobre el terreno.

—Suponiendo que encuentren pruebas de su culpabilidad.

—Al sospechoso le hacen tomar el suero de la verdad. No pueden mentir en el interrogatorio. Si admiten ser cazadores de esclavos, se les vuelve a la consciencia, para que sepan que les van a aplicar la ley. Eso, créame. Hugo, ha cortado casi absolutamente el tráfico de esclavos.

—No deja de ser consolador, señor de Freli.

—Pero todavía quedan otros peores. Tenga cuidado, Hugo. Los biónicos actúan cuando menos se espera. Usted sabe lo que pretenden, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

De Freli sonrió.

—Creo que ya hemos hablado bastante —dijo—. ¿Dónde piensa hospedarse, Hugo?

El joven recordó inmediatamente cierta amistad.

—Quizá haya para mí una habitación en «*La Estrella de Oro*» —contestó.

De Freli se echó a reír.

—Seguro. Adiós, Hugo.

Iris alargó su mano.

—Gracias una vez más —dijo. .

Cuando se alejaban, Hugo oyó la voz de la muchacha

—Kimor, ¿qué es eso de «*La Estrella de Oro*»? Te ha hecho mucha gracia, me parece.

—Oh, es una buena hospedería —contestó de Freli evasivamente.

Hugo se acarició la barbilla.

—Todo depende de la directora —murmuró. Lentamente, echó a andar, abriéndose paso entre la multitud. Aún le faltaba casi un kilómetro para llegar al lugar donde pensaba hospedarse.



De pronto, se encontró en una plaza, en cuyo centro se había instalado una colosal tienda de campaña, semiesférica, sostenida por el aire a presión. Sobre la entrada había un gigantesco rótulo, en el que se anunciaba que allí se exponía el gran diamante de Fethomir, cuya subasta se efectuaría una semana más tarde, en fecha que también se expresaba.

Se podía contemplar el diamante, pero era preciso abonar un áureo en la entrada. Hugo decidió ver aquella joya. Las descripciones verbales no eran gran cosa. Sólo la contemplación directa podría darle una idea de lo que era una gema de nada menos que ciento diez kilos de peso.

Había guardias armados en la entrada y en todo el contorno de la tienda. Hugo hizo media hora de cola y, al fin, adquirió su boleto. Detectores altamente sofisticados le examinaron con crítica minuciosidad. Al fin,

franqueó la entrada y, siempre siguiendo la cola, se acercó a la piedra.

Estaba sobre un pedestal, forrado de terciopelo negro, a la altura suficiente para que pudiera ser vista con toda comodidad. Había más visitantes, y el interior de la tienda parecía el de una colmena, debido al continuo zumbido de los murmullos de admiración que provocaba aquella incomparable joya. El enorme diamante-rubí hacía palidecer la luz de la lámpara situada sobre su vertical y que formaba parte de una escenografía perfectamente calculada para causar en el ánimo del espectador una impresión absoluta.

En torno al diamante había una serie de servicios de seguridad, apenas visibles, pero que Hugo sabía eran absolutamente eficaces contra cualquier tentativa de robo. Los autores de dichos sistemas confiaban tanto en ellos, que sólo se había juzgado conveniente situar un par de guardias uniformados a ambos lados de la joya. En torno al pedestal donde estaba el valioso pedrusco, circulaban lentamente los espectadores, aunque había otros que permanecían un tanto separados, a fin de gozar de la contemplación de la piedra durante más tiempo.

Hugo se apartó a un lado durante un par de minutos, a fin de mirarlo desde cierta distancia. Aquel trozo de mineral, se dijo, era literalmente el rescate de un planeta. Pero ¿qué haría el comprador con algo que, prácticamente, sólo servía para adornar un salón? Si fragmentaba el rubí para la venta, le haría perder gran parte de su valor actual. A fin de cuentas, abundaba el diamante-rubí en la joyería y los precios del quilate eran considerablemente menores que los señalados para el que se ponía a subasta. ¿Qué otro objeto podía perseguir un posible comprador?

Decidió, por el momento, despreocuparse del asunto. Ahora lo que más le interesaba era encontrar alojamiento. Y confiaba en la hospitalidad de la directora del albergue «*La Estrella de Oro*»

De pronto, cuando ya se disponía a salir, percibió un pequeño revuelo en la entrada Los que ya se hallaban en el umbral o en sus inmediaciones fueron apartados a un lado sin demasiados remilgos por unos cuantos sujetos que parecían todos hermanos mellizos, altos, corpulentos y con cara de pocos o ningún amigo. En el centro de aquel grupo de guardaespaldas había un hombre pequeño, regordete, con barbita en punta y ojos crueles y maliciosos a un tiempo.

Aunque no lo había visto nunca en persona, Hugo lo reconoció en el acto, debido a las fotografías, no demasiadas por otra parte, divulgadas en la prensa. Era Ruprecht Ahawassi, director del Primer Banco Interplanetario, del que era principal accionista, en realidad, su dueño. Un hombre cruel, despiadado en sus tratos, terriblemente agudo y con el ojo clínico suficiente para divisar un centésimo de áureo a un kilómetro de distancia y no permitir que se le escapase.

¿Para qué podía querer un hombre semejante la piedra que era todo el rescate de un planeta?

La pregunta, por el momento, no tenía respuesta, se dijo Hugo, mientras discretamente, emprendía el camino de la puerta.

Cuando acababa de cruzar el umbral, tropezó con un hombre que iba en dirección opuesta

—Perdone —se disculpó Hugo.

El hombre le miró fijamente.

—¿Hugo Tylon? —dijo.

—Si —contestó el joven, vivamente sorprendido, porque el sujeto le resultaba desconocido

—Han pasado muchos años —sonrió el individuo, que vestía ropas limpias, pero modestas—. Tu padre y yo hicimos grandes cosas, Hugo. A decir verdad, vi una fotografía tuya hace algunos meses; por eso te he reconocido. Has cambiado mucho desde que te sentaba en mis rodillas, aunque es justo decir que la última vez que te vi ibas a ingresar en la Escuela Secundaria. Pero son ya muchos años —suspiró el hombre, a la vez que tendía la mano hacia Hugo—. Grol Zottyn —se presentó.

Hugo sonrió anchamente.

—Ahora ya recuerdo. Dispénseme; estaba distraído. —se disculpó—. Además, el hecho de encontrarle en un lugar tan alejado de nuestro planeta…

—He venido a Jhigwool por negocios —contestó Zottyn evasivamente —. Me hospedo en el «*Star Commodore*» —agregó—. ¿Por qué no vienes a cenar conmigo esta noche?

Hugo vaciló.

—No sé si podré. ¿Piensa permanecer muchos días en Jhigwool?

—Asistiré a la subasta del diamante-rubí —contestó Zottyn sorprendentemente—. Si no puedes venir esta noche, búscame otro día. —Palmeó los anchos hombros del joven—. Me alegro mucho de verte, Hugo —se despidió.

Hugo continuó su camino, ligeramente preocupado por la presencia del amigo de la familia en Jhigwool. Sabía que Zottyn se dedicaba a asuntos financieros, asesor de sociedades mercantiles, consejero de Bolsa y cosas así, pero se le antojaba incomprensible que necesitase viajar tan lejos. A menos que su cliente fuese lo suficientemente rico o poderoso para costear les servicios de Zottyn a tantos años luz de la Tierra.

De pronto, la expresión de su rostro se trocó de preocupada en alegre. Acababa de recordar a Kutta Korr, la propietaria de «*La Estrella de Oro*». Un prostíbulo de lujo, según algunos, un buen albergue, para la mayoría Todo era cuestión de opiniones, pensó Hugo, para quien, en aquellos momentos, lo importante era disfrutar de un buen baño, seguido de una abundante comida. Y ambas cosas podían conseguirse en «*La Estrella de Oro*»

* * *

Kutta Korr, la propietaria del local, entró en la habitación donde su huésped terminaba de despachar la abundante cena que le había sido servida. Después de cerrar, Kutta se apoyó en la puerta y miró sonriente a Hugo.

—¿Satisfecho del trato? —preguntó.

Hugo sonrió también, mientras contemplaba a Kutta, una mujer alta, de hermosos pechos y sólidas caderas. No era guapa, pero su semblante resultaba atractivo por la simpatía que se desprendía de su sonrisa casi continua Aunque cuando se enfadaba, había para echarse a temblar.

—No puedo quejarme —contestó Hugo—. Sobre todo, habiendo encontrado una habitación. Pensé que, siendo tiempo de feria, tendrías la casa llena a rebosar.

—Siempre tengo un par de habitaciones vacías, para un posible compromiso —explicó Kutta—. ¿A qué has venido, Hugo? ¿Qué piensas conseguir en esta feria?

—Estoy sin trabajo y si tengo dinero es por pura casualidad. Tal vez consiga un empleo, hermosa.

—De cuidador del diamante de Fethormir, ¿verdad?

—Ya tienen el cupo cubierto. Pero no me negarás que, este año al menos, esa piedra es el principal atractivo de la feria.

—Eso sí es cierto —convino Kutta—, Pero ni a ti ni a mí debe quitarnos el sueño. A fin de cuentas, no vamos a pujar en la subasta.

—¿Quién podría competir con Ahawassi? —rió Hugo —. Se la llevará él... aunque, ¿para qué diablos puede querer ese hombre ciento diez kilos de diamante-rubí?

Kutta se encogió de hombros.

—Sólo te diré una cosa, Hugo. Si yo tuviese dinero suficiente para pujar en la subasta, no lo haría. Por nada del mundo querría indisponerme con un sujeto como Ahawassi.

—Es rencoroso, ¿eh?

—No perdona una ofensa, por mínima que sea y aunque transcurran mil años. Es roñoso como ninguno, pero si escupieses en su zapato, sería capaz de gastarse cientos de millones, si fuese necesario, para vengar la ofensa.

—¡Vaya! —resopló Hugo—. Un tipo de una pieza... Lo conoces bien, ¿eh?

Kutta hizo una mueca.

—Tuve que pedirle un préstamo hace algún tiempo. Hasta que conseguí cancelarlo, me pareció que llevaba al cuello un lazo de alambre de espino. Por fortuna, mi negocio, aunque floreciente, no mereció atención de Ahawassi. Por eso sigo siendo la dueña.

—Empezó de la nada, creo.

—Sí. Y si algunos se abren paso a codazos en este mundo, Ahawassi empleó los puños además, y los pies y todo lo que te puedas imaginar Ahí lo tienes, a los cincuenta años mal cumplidos y con cien más de vida por delante, como mínimo, y dueño de un Banco que controla casi un tercio del volumen

de negocios de este sector galáctico.

—Impresionante —murmuró Hugo

Y se preguntó qué interés podía tener Ahawassi en la piedra, si ya tenía de todo y, por lo que sabía, era dueño, en el más amplio sentido de la palabra, de nada menos que nueve planetas.

¿Por qué podía querer un planeta más, cosa que muy bien podía suceder, si Iris no conseguía solucionar satisfactoriamente los asuntos económicos de Fethomir?

Agitó la cabeza ligeramente y miró a Kutta. Ella sonreía de forma imperceptible. Hugo se puso en pie, avanzó hacia Kutta y puso las manos en el primer botón de su blusa.

Kutta le echó los brazos al cuello.

CAPÍTULO V

Los días pasaban y la feria continuaba en todo su apogeo, comprándose y vendiéndose de todo. Hugo cenó una noche con Zottyn y, aunque trató de sonsacarle, su anfitrión no quiso decirle exactamente cuáles eran los motivos que le habían llevado a Jhigwood. Hugo sospechaba que se trataba de un negocio de enorme importancia, lo que significaba cientos de millones tal vez, pero era todo lo que podía imaginarse. De todos modos, pensó, los asuntos de Zottyn no eran de su incumbencia y, puesto que no había solicitado su colaboración, lo mejor era no hacer ninguna alusión sobre el particular.

Faltaban ya solamente dos días para la subasta del diamante de Fethomir y se notaba cierta tensión en el ambiente, pese a que la feria parecía proseguir con toda normalidad. La subasta seria televisada en directo y, para el acto, al que asistirían un limitado número de personas, aparte de los que se habían inscrito para la puja, ya se habían repartido las correspondientes invitaciones Era ya un problema que no interesaba a Hugo, el cual empezaba a pensar en la forma mejor de dejar «*La Estrella de Oro*», sin incurrir en las iras de su ardiente dueña. Lo haría apenas se hubiese celebrado la subasta del diamante-rubí.

El día había sido caluroso y casi de repente sintió sed. Vio la muestra de una taberna y cruzó la puerta, dispuesto a tomarse una jarra de la excelente cerveza jhiwooliana. Se acercó al mostrador y pidió de beber a la gruesa mujer que atendía a los clientes.

Había bastante gente en el local y podían verse todos los tipos conocidos de la gran Galaxia. El, ruido de las conversaciones era bastante intenso y Hugo pudo captar numerosas alusiones a la subasta que se iba a efectuar dos días más tarde. Manteniendo en todo momento una actitud discreta y reservada, saboreó la cerveza, mientras pensaba en los beneficios que podría obtener si se montase un negocio de exportación de aquella bebida a la Tierra.

De pronto, sintió una fuerte palmada en el hombro. Al volver la cabeza, captó la imagen de un rostro conocido, aunque, por el momento, era incapaz de localizar la identidad del sujeto.

—¡Por los cien mil demonios rojos de Astkorv! —juró el sujeto—. De todos los tipos bastardos a quienes conozco y que no esperaba ver jamás, tenías que ser tú el primero de todos en tropezarte conmigo. ¿De veras no sabes quién soy? —preguntó el individuo al darse cuenta de la expresión de ignorancia de Hugo.

—Pues…

Hugo no pudo seguir. Otro hombre intervino inesperadamente.

—A mi si me conoces —dijo el sujeto, con perversa sonrisa—, Ray Piddler, segundo de la «*Rayo Loco*».

Las cejas de Hugo se juntaron súbitamente. Subeira y sus piratas habían llegado a Jhigwool mucho antes de lo esperado.

Realmente, no podían hacerle nada en forma legal por haberles abandonado de una forma tan poco ética. Pero Subeira y los suyos eran gente que no necesitaban de leyes para castigar alguna ofensa.

Y era inútil, se dijo, que alegase haberlo hecho para salvar su vida. Para aquellos piratas del espacio no había más ley que la que ellos dictaban según sus propias conveniencias.

Ray Fiddler volvió a sonreír. Movió la cabeza hacia su acompañante.

—Ergos, dale a este tipo lo que se merece —ordenó.

Hugo dio un paso hacia atrás, apoyando la espalda en el mostrador. Frente a él, una mano se movió, para desenvainar un puñal percutiente.

Todas las conversaciones de la taberna se habían interrumpido súbitamente. Decenas de pares de ojos contemplaban con morbosidad la figura del hombre que iba a morir unos instantes después.

Hugo sabía muy bien que era inútil pedir ayuda. Nadie alzaría un dedo en su favor. En cuanto a sus asesinos, la policía de Jhigwool se limitaría a encogerse de hombros, especialmente cuando supiesen los motivos de la muerte. Pero, de súbito, el panorama cambió de forma radical.

Una mano se abatió, golpeando de canto, sobre el cráneo del hombre del puñal, que chasqueó horriblemente. Hundida la tapa craneana, el sujeto se desplomó fulminado.

Fiddler lanzó un atroz juramento. Llevaba a la cintura una pistola radiante y trató de desenfundarla, pero la misma mano quebró su frente con la misma facilidad que si hubiese sido de papel. Fiddler lanzó un horrible ronquido y cayó muerto en el acto.

Hugo se sentía pasmado. Su inesperado salvador pertenecía al sexo femenino y, además, tenía una cara conocida.

—Hola —sonrió ella—. Celebro haber llegado a tiempo de librarte de un serio apuro.

Hugo hizo un gesto con la cabeza. Ahora ya sabía quién era ella.

—Yariwa, ¿cómo podría darte las gracias?

—Ven a mi hotel y te lo diré —contestó la mujer biónica.

✲ ✲ ✲

El líquido era absolutamente blanco, de una transparencia sin igual, pero había pocos vinos en la Tierra que pudieran compararse con el de Jhigwool. Yariwa terminó de llenar la copa y se la entregó a su invitado.

—Yo no puedo beber, pero siempre tengo licores a mano, para un caso como el presente —dijo. Se sentó frente a Hugo y cruzó sus piernas metálicas —. Estabas en un serio compromiso y te he librado de esos granujas —

prosiguió—. Por tanto, me debes un favor. Y quiero que me lo pagues.

Hugo entornó los ojos.

—¿Cómo, Yariwa?

—Tú ya sabes cómo soy yo: un cerebro humano en un cuerpo mecánico. De mujer, porque era mujer cuando... cuando abandoné mi cuerpo humano para tomar el actual. ¿Sabes cuánto tiempo hace de eso?

—No tengo la menor idea —contestó el terrestre tranquilamente.

—Seiscientos veinticuatro años —dijo Yariwa.

Hugo se quedó sin aliento.

—¡Seis siglos!

—Y medio —puntualizó ella sin pestañear—. Cuando se hizo el «*cambio*», yo tenía veintiséis años. Por tanto mi edad actual es de seiscientos cincuenta años.

—Y estás cansada de la vida.

Yariwa cerró los ojos un instante.

—Hace muchos siglos, los científicos, de acuerdo con los políticos de nuestro planeta, decidieron que era preciso alargar la vida humana hasta límites no conocidos antes —dijo, al cabo de unos segundos de pausa—. Ya alcanzábamos los ciento veinte años de vida, pero les pareció poco. Sin embargo, la tecnología médica era insuficiente para que las personas pudieran rebasar esa cifra. Por tanto, atacaron el problema por otra vía.

—Construyendo perfectos cuerpos mecánicos, que serían movidos por cerebros auténticos —adivinó Hugo.

—Exactamente. Puedes imaginarte con facilidad que no fue cosa de un día ni de un año, ni de un siglo tampoco, pero al fin, tras innumerables ensayos, se consiguió la perfección. Ningún habitante del planeta que después recibiría el nombre de Macchinus podría morir. Todos vivirían eternamente, cambiando simplemente de cuerpo mecánico cuando éste envejeciese. Era una perspectiva maravillosa… pero que hoy día, a la mayoría de los nativos de ese planeta, parece ya tediosa, cuando no horripilante. Lo creas o no, se han dado, y se dan todavía, innumerables casos de suicidio. Sí —prosiguió Yariwa, en vista del asombro que sus palabras producían en el terrestre—, así como suena. Los biónicos nos hartamos de vivir y nos suicidamos. Sólo muere el cerebro, claro, pero es suficiente.

—Tú no pareces proclive al suicidio —alegó Hugo.

—No. Quiero vivir, ser de nuevo una mujer, con cuerpo humano sujeto a dolores y enfermedades, con un cuerpo que un día envejecerá y que acabará a dos metros bajo tierra… pero antes de que eso suceda, quiero vivir, ser yo misma otra vez… —Los ojos de Yariwa fulguraron de nuevo—. Comer, beber... amar, sentir placer sexual. ¡Y tú puedes ayudarme a conseguirlo! —exclamó casi a gritos.

Hugo se puso en pie bruscamente.

—¿Qué he de hacer? —Pero era una pregunta superflua. Harto sabía lo que Yariwa le iba a proponer.

—Esa joven con la que te vi hace algunos días. Es casi exactamente igual a como era yo hace más de seiscientos años. Te ofrecí setenta y cinco mil áureos y rechazaste mi proposición. Ahora te ofrezco un millón. Consíguela para mí y tendrás ese dinero... y me tendrás a mí después.

Hugo movió lentamente la cabeza.

—Lo siento —murmuró.

Yariwa dio un paso hacia él. El cuerpo metálico estaba recubierto por una fina capa de plástico, de color carne, sobre la que había unas prendas de ropa de última moda. De no conocerse su verdadera identidad, podría decirse que era una mujer muy atractiva.

Y, si, tenía cierto parecido con Iris de Fethomir. Pero no podía ayudarla en lo que, bien mirado, no era sino un asesinato.

—Quiero sentirme mujer de nuevo —declaró ardientemente la biónica —. Amar, sentir la brisa en la piel, la frescura del agua en el cuerpo cuando nade desnuda en un remanso o la calidez de la arena de una playa… ¡Ayúdame, Hugo, ayúdame!

—Imposible —contestó él, muy serio—. Pídeme cualquier cosa, menos lo que, en realidad, es un asesinato.

—¡Pero es que ella podría vivir cientos de años!

—Entonces, ¿por qué no se lo propones tú misma?

Yariwa meneó la cabeza.

—Nadie acepta —dijo tristemente.

Hugo se puso en pie.

—Lo siento —dijo.

—Está bien, de todos modos, gracias por haberme escuchado.

—Soy yo el que debe darlas. Me salvaste la vida —le recordó él.

La mano de Yariwa se movió en un gesto de indiferencia. Luego dijo:

—Saldré contigo. Tengo que hacer algunas gestiones No nos veremos más, supongo.

—Eso creo. —Hugo la miró de hito en hito—. Cuando eras de carne y hueso, debiste ser muy hermosa.

Yariwa suspiró.

—Ya, ni me acuerdo —contestó— ¿Vamos?

Abandonaron la habitación y descendieron al vestíbulo. Cuando estaban a diez pasos de la puerta, Hugo se detuvo bruscamente.

Yariwa notó el gesto y mostró su extrañeza.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

Hugo tenía la vista fija en la voluminosa mujer que se hallaba a un metro de distancia, flanqueada por dos sujetos de aspecto poco recomendable. En el rostro de Subeira, la propietaria de la nave «*Rayo Loco*», había sin embargo, una inequívoca expresión de temor.

Subeira se apartó presurosamente a un lado, junto con sus secuaces. Sólo entonces se dio cuenta Hugo de que tenía al lado a una mujer biónica. Los biónicos inspiraban un profundo respeto a los humanos. Podían perseguir a un

ofensor durante siglos enteros, si era preciso, y nunca dejaban sin castigar un ataque contra cualquiera de ellos. Ahora Subeira se daba cuenta de que Hugo tenía amistad con una biónica y ello le vetaba cualquier represalia, al menos, en forma abierta.

Hugo sonrió ligeramente y siguió su camino. Fuera del hotel, Yariwa le hizo una observación:

—Esa mujer y tú no parecéis estar en buenas relaciones.

—Es cierto —admitió él. Y, brevemente, relató lo ocurrido a partir del momento en que Subeira y él se conocieron en el parador espacial—. Como puedes comprender, no iba a permitir que me rebanasen el cuello.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Seguramente, preparaban un golpe y yo no pertenecía a la cuadrilla. Ni era probable que me uniese a ellos, caso de haber juzgado conveniente participarme sus intenciones. Por tanto, eligieron la vía más cómoda

—Me alegro de que sigas vivo. Adiós. Hugo.

Hugo tomó la fría mano mecánica de su interlocutora.

—Yariwa, no me gustaría ser tu enemigo, a pesar de la fama de vengativos ilimitados que tenéis los biónicos. Olvida a esa chica, te lo ruego.

Ella se limitó a un breve gesto de asentimiento. Pero Hugo no se sentía demasiado tranquilo. Yariwa se había encaprichado del cuerpo de Iris y presentía que sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguir sus propósitos.

Como si el objeto de sus pensamientos fuese capaz de acudir a sus llamadas mentales, Iris de Fethomir se materializó bruscamente cuando el joven apenas si había recorrido cincuenta pasos desde el hotel.

Iris se detuvo frente a Hugo y le dirigió una mirada risueña.

—Parece que está muy preocupado —observó jovialmente—. Iba a pasar por mi lado sin dirigirme la palabra... y, vamos, sin necesidad de presumir, no soy tan fea como para no llamar la atención de un hombre.

—Iris, estaba distraído —se disculpó él alegremente—. No, usted no es chica que pase desapercibida, pero, por su tono y su expresión, parece que tiene motivos fundados para sentirse optimista.

—Así es —confirmó la muchacha—. Me siento optimista. porque tengo buenas noticias. Por lo menos, hay otro postor por la piedra.

—¡Caramba, eso sí que es una buena noticia! —exclamó Hugo—. Pensé que solamente Ahawassi iba a presentarse en la subasta.

—Hay otra persona y sé que tiene mucho interés en conseguir el diamante. La subasta promete ser muy interesante, Hugo. ¿Asistirá usted?

—No tengo invitación. Lo veré en mi televisor.

—Cuando todo haya terminado, venga a cenar una noche conmigo, antes de mi regreso a Fethomir —dijo Iris, a la vez que le tendía la mano—. No puedo olvidar que le debo la vida.

—Acepto el convite —sonrió Hugo—. Por cierto… ¿Va sola por la calle? ¿No tiene guardaespaldas?

—No. ¿Por qué? No me amenaza ningún peligro

—Contrate un par de buenos guardaespaldas —aconsejó él—. Hay una mujer biónica que se ha encaprichado de su cuerpo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Iris, muy seria.

Me lo ha dicho la propia interesada. —Hugo explicó brevemente su entrevista con Yariwa y terminó—: Anunció desistir de sus proyectos referentes a usted, pero yo no me fiaría. Tenga cuidado, Iris, se lo ruego.

—Lo tendré. Hugo —prometió la joven.

CAPÍTULO VI

Hugo Tylon abrió los ojos, bostezó aparatosamente y luego estiró los brazos con gesto placentero. A continuación se rascó un poco el pecho, pasó los dedos por el pelo revuelto y se sentó en la cama. Miró oblicuamente hacia su derecha En la almohada contigua aparecía aún la huella de la cabeza de Kutta. Oyó ruido de grifos y supo que la dueña del albergue estaba ya en el cuarto de baño.

Volvió a bostezar. Consultó el reloj. Eran las once de la mañana. La subasta se celebraría a las doce. Tenía tiempo de tomarse un buen almuerzo antes de encender el televisor. De pronto sonaron unos fuertes golpes en la puerta del dormitorio.

Kutta salió del baño, abrochándose la bata.

—No sé quién diablos puede ser. —refunfuñó —. Dije que ya llamaría para que nos sirvieran el desayuno

Abrió la puerta. Una doncella apareció en el umbral Detrás de ella se divisaba a un hombre de mediana edad.

—¡Karla, anoche dije...!

Pero fue el propio hombre quien interrumpió a Kutta.

—Dispense, señora; en todo caso, la culpa es mía. Necesito hablar urgentemente con su huésped. Sí, ese joven que atiende por el nombre de Hugo Tylon.

—¡Señor Zottyn! —exclamó Hugo.

—Ah, por lo visto, se conocen —dijo Kutta.

—Así es, señora —confirmó Zottyn—. ¿Hugo?

El joven apartó a un lado las ropas de la cama y se puso en pie. Kutta hizo un gesto con la mano. Karla, la doncella, se retiró en el acto.

—Pide café —ordenó la dueña.

—Sí, señora.

Hugo se puso una bata corta.

—¿Y bien, señor Zottyn? ¿Qué es lo que sucede?

—Dos cosas, ambas de extraordinaria gravedad —declaró el interpelado —. Primero, el diamante-rubí de Fethomir ha desaparecido. Segundo, la dueña ha desaparecido también.

Hugo abrió la boca.

—Han robado el diamante, y estaba protegido por los más complicados sistemas de seguridad.

—Puede que haya algún cómplice que bloqueara las alarmas o puede que el ladrón haya resultado más listo que los constructores de esos sistemas de protección —dijo Zottyn—. El hecho irrefutable es que el diamante ya no está ni se podrá subastar hoy

—Se lo habrá llevado la dueña —apuntó Kutta.

—No lo creo —respondió el visitante—. Es más, sospecho que Iris de Fethomir es inocente de esa desaparición.

—¿Por qué lo piensa así? —inquirió Hugo.

—Se la ha visto salir a las seis y media de la residencia en que se hospedaba. Su anfitrión, Kimor de Freli, está gravemente herido. De Freli es persona lo suficientemente honesta como para no prestarse a un juego que pudiera costarle la vida, ni aun para hacer un favor a la hija de su mejor amigo —explicó Zottyn—. De Freli sigue inconsciente y no ha podido declarar lo ocurrido, pero sí se sabe que Iris salió de su casa en compañía de dos sujetos.

Hugo pensó inmediatamente en los biónicos. ¿Eran cómplices de Yariwa los autores del secuestro?

—Siga —pidió roncamente.

Llamaron a la puerta. Kutta abrió y tomó la bandeja con el servicio de café.

—Gracias, Karla.

—En cuanto a la piedra, no hay la menor pista —dijo Zottyn—. Y, créeme, aun sintiendo mucho lo ocurrido a Iris de Fethomir, la pérdida de ese diamante-rubí puede ocasionar perjuicios gravísimos.

Hugo frunció el ceño, mientras removía el azúcar de su taza de café.

—¿Qué interés tiene usted en la piedra? —preguntó.

—Iba a pujar en la subasta —declaró Zottyn—. Represento a un poderoso grupo financiero y tengo autorización para ofrecer hasta cuatro billones de áureos.

Kutta se sentó de golpe en una silla.

—¡Cien mil soles! —murmuró—Me mareo de golpe solamente de pensar en esa cifra.

—Sí, es una suma mareante —convino Hugo, quien ahora conocía la identidad de la persona citada por Iris—. Pero no comprendo qué tengo que ver yo con todo esto...

—Quiero que me ayudes a encontrar la piedra —dijo Zottyn—. Consíguelo y tendrás una recompensa de veinticinco millones de áureos. Suficiente para vivir sin trabajar el resto de tus días.

—A sus representados debe de interesarles mucho esa joya...

—No formules observaciones a las que no puedo responder —exclamó Zottyn ásperamente—. Lo único que quiero es que me digas si aceptas

—¡No! —contestó el joven, sin pensárselo dos veces.

Entonces, Zottyn se volvió hacia la dueña del albergue.

—Señora, por favor, déjenos solos cinco minutos —pidió.

—Claro —accedió Kutta.

Hugo se sentía terriblemente intrigado por la actitud de Zottyn. Apenas se quedaron solos, Zottyn metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una billetera de piel negra, que abrió ante los pasmados ojos del joven.

—Hugo, te ordeno que me ayudes —dijo—. Represento al gobierno de

la Tierra, con plenos poderes, para conseguir el diamante-rubí, y esos poderes que me han sido conferidos tienen la fuerza suficiente para obligarte a trabajar para mí. Con todos los gastos pagados y la recompensa antes citada.

—Puedo negarme—rezongó Hugo.

—En tal caso, procura esconderte, porque el gobierno de Jhigwol ordenaría tu arresto inmediato. Te encerrarían, acusado de cualquier cosa que se me ocurriese, y hasta que se dictase la orden de extradición, podrían pasar algunos años. La burocracia oficial, en Jhigwol, es terriblemente lenta, lo contrario de lo que sucede con los particulares... y las cárceles Jhigwolianas no son lo que se dice un edén.

Hugo se estremeció.

—Sería capaz…

—Si —admitió Zottyn sin pestañear—. Hugo, lo creas o no, de la posesión de ese diamante-rubí depende nada menos que la independencia del planeta Tierra, de todas las colonias del sistema solar y de todos los planetas habitados del tercer sector galáctico, al que pertenecemos. Pero, por ahora, no puedo ser más explícito… los particulares… y las cárceles jhigwoolianas no son… lo lamentarás.

Hugo reflexionó durante algunos segundos. Era posible que las desapariciones de Iris y el diamante no tuvieran nada que ver entre sí, pero antes de dar un solo paso, quería hacer algo que estimaba imprescindible.

—De acuerdo —dijo al cabo—. Sin embargo, primero quiero saber más detalles del rapto de Iris.

—Puedes ir al Jefe de Policía. Te daré una tarjeta…

—No hará falta; ya me enteraré por otro conducto. Lo que sí tiene que darme es dinero. He de pagar el hospedaje. entre otras cosas, aparte de que estoy sin un cobre.

Zottyn se volvió hacia la dueña, situada a unos pasos.

—Creía que era su invitado —sonrió.

—Pero puesto que tendrá dinero... —respondió Kutta socarronamente.

—Está bien. —Zottyn sacó un grueso fajo de billetes, separó unos cuantos y se los entregó al joven—. No hace falta recibo —añadió.

—No pensaba dárselo —dijo Hugo.

Los billetes era de mil y había veinte. Separó uno, se lo entregó a Kutta y se echó el resto al bolsillo de la bata. Luego se encaminó hacia el baño.

—Pronto tendrá noticias mías, señor Zottyn —se despidió.

—Eso espero —dijo el aludido. Hizo una inclinación de cabeza en dirección a Kutta—. Señora.



La petición de Hugo fue rechazada contundentemente en el hospital

donde era atendido el comerciante anfitrión de Iris. A Hugo no le extrañó demasiado; seguía siendo un vagabundo del espacio y Kimor de Freli era un personaje de relieve en la capital de Jhigwool. Lo único que pudo conseguir fue enterarse de que ya había recobrado el conocimiento y que debería permanecer todavía algunas semanas en el hospital. Hugo no insistió más: dio media vuelta y se alejó en busca de otra persona.

Antes de entrevistarse con aquella persona, hizo una pequeña compra. Con el paquete en la mano, fue al «*Maghic*» y pidió ser recibido por Yariwa de Dtork.

Yariwa accedió de inmediato a la entrevista. Hugo fue al ascensor y, momentos después, se hallaba en presencia de la mujer biónica.

—No esperaba volver a verte —confesó Yariwa—. ¿Has cambiado de opinión, Hugo?

—Yariwa, aunque nos hemos tratado muy poco, he llegado a tomarte cierta simpatía —dijo el terrestre calmosamente—. Por dicha razón, te agradecería colaborases conmigo desde el primer momento.

—No entiendo —respondió ella, desconcertada—. ¿Qué diablos te sucede?

—El cuerpo de Iris Fethomir te enloquecía. Comprendo tu situación, pero no voy a permitir que esa chica muera. ¿Dónde está?

—¿Te has vuelto loco? —gritó Yariwa—. ¿Qué demonios sé yo...?

—Iris ha sido secuestrada hoy, a las seis y media de la mañana. En todo el planeta, sólo hay una persona que tenga interés en ella. Mira, Yariwa, seamos buenos amigos y olvidemos todo lo pasado, pero devuélveme a la muchacha. De lo contrario, créeme, puede hacer que lamentes haber vivido seiscientos cincuenta años.

—No sé de qué me estás hablando, Hugo. No tengo nada que ver con el rapto de esa joven, ¿te enteras? Aunque ojalá la hubiera visto antes, debo admitirlo.

—Muy bien, si no quieres hablar por las buenas

Hugo desenvolvió el paquete que había llevado consigo. Luego, de súbito, se arrojó sobre Yariwa. La mujer biónica poseía una fuerza física excepcional, pero, pillada por sorpresa, no pudo resistirse y, antes de que se diera cuenta, estaba atada de pies y manos.

Acto continuo, Hugo enrolló uno de los hilos de un cable conductor en torno a su cuello. El otro hilo rodeó su tobillo. El extremo opuesto del cable estaba terminado en una clavija de conexión, que Hugo acercó a una toma de corriente.

—Sólo tienes el cerebro de humano —dijo —. Pero si conecto la clavija, se producirán numerosos cortocircuitos en el interior de tu cuerpo mecánico. La unidad de conservación y alimentación del cerebro sufrirá averías irreparables. Perderá su temperatura en pocos momentos y el cerebro quedará sin el riego sanguíneo indispensable. eso suponiendo que no mueras electrocutada instantáneamente. Créeme, Yariwa; estoy dispuesto a todo.

La biónica no se inmutó.

—Adelante —dijo—. Enchufa el cable. Estás como loco y sé que todo lo que pueda decirte no te hará cambiar de parecer. No sé nada de ese secuestro, pero para ¿qué seguir hablando? ¡Vamos, conecta ya la corriente!

Hugo se desconcertó. Yariwa no le suplicaba; le desafiaba. Podía tratarse de una postura deliberada o bien estaba hablando con absoluta sinceridad. De todos modos, una cosa era segura: el ardid había fracasado.

Lanzando una maldición, arrojó el cable a un lado.

—He debido equivocarme —gruñó.

Se inclinó sobre Yariwa y la desató. Ella se sentó en el suelo.

—¿Por qué la han raptado? —preguntó.

—Tiene algo que ver con el robo del diamante-rubí, es todo lo que puedo decirte —contestó Hugo malhumoradamente.

—¿Que han robado el...? —dijo Yariwa, pasmada.

—Ya lo has oído.

Hugo fue hacia la puerta y asió el pomo. Antes de abrir, se volvió hacia la mujer biónica.

—Tú tienes muchas relaciones —añadió—. Si averiguas algo, no dejes de avisarme en el acto.

—¿Dónde? —preguntó ella simplemente.

Hugo dudó un momento, pero no tardó en hallar la respuesta adecuada:

—Me hospedo en «*La Estrella de Oro*». La dueña se llama Kutta Korr y es una amiga mía, de toda confianza.

—Muy bien; si llego a averiguar algo, lo sabrás con la mayor rapidez posible —prometió la mujer biónica.

Hugo abandonó el «*Maghic*», completamente frustrado. Aunque no confiaba en que Yariwa desistiera de sus propósitos, estaba persuadido de que, al menos en aquella ocasión, era inocente del secuestro de Iris.

Y si era así, ¿quién y por qué había secuestrado a la muchacha?

De pronto, cuando más desalentado se sentía, concibió una idea. Inmediatamente, se dispuso a llevarla a la práctica.

CAPÍTULO VII

Ushkur, el jefe del grupo de pigmeos que habían acudido a la feria, escuchó con grave expresión el relato que le hizo su visitante terrestre. Cuando Hugo hubo terminado de hablar, Ushkur dijo:

—En resumen, tú lo que quieres es que te ayudemos a encontrar a la chica.

—Así es, jefe Ushkur —respondió Hugo.

—No puedo hacer nada sin el consentimiento de mi gente. La persona secuestrada no es de nuestra raza A ti te debemos un gran favor, pero no sentimos una especial simpatía hacia las gentes de Fethomir. Todavía no hace un siglo, «razziaban» nuestro planeta para procurarse esclavos que les divirtieran.

—Lo sé —dijo el joven—. Pero las personas, independientemente de su tamaño o de su raza, no pueden vivir eternamente en el rencor y el odio. Si no lo hacéis por ella, acordaos de lo que hice yo por vosotros en cierta ocasión. Y volvería hacerlo mil veces, si, por desgracia, fuese necesario.

Ushkur asintió.

—Sé que eres sincero —contestó—. Pero, a pesar de todo, no puedo decidir por mí mismo. Permite que consulte con mi gente; muy pronto tendrás la respuesta.

—Gracias, jefe.

Ushkur había estado hablando, sentado en el hombro izquierdo del joven. Al finalizar la conversación, «*desmontó*» con notable velocidad y se alejó en dirección al diminuto poblado de tiendas de campaña, que se había levantado en las afueras de la capital.

Hugo aguardó cosa de media hora. Ushkur volvió al fin, acompañado de algunos conocidos del terrestre.

—Buscaremos a la chica —dijo el jefe.

—Ella os lo agradecerá —afirmó Hugo.

—Cuenta con nosotros, querido —dijo la diminuta Slyssia dulcemente.

—Haremos lo imposible por encontrarla —aseguró Arith.

Hugo sonrió. Alargó su mano y los pigmeos golpearon su palma. Dada la diferencia de tamaño, era imposible estrechar las manos de sus diminutos amigos. A continuación, volvió al helimóvil que había adquirido poco antes, despegó y emprendió el regreso a la capital.

El robo del diamante-rubí había provocado una agitación considerable. Las noticias y comentarios sobre el particular estaban constantemente en las antenas de la radio y la T.V. Hugo se enteró de que los guardianes de la piedra robada estaban siendo sometidos a un feroz interrogatorio por parte de la Policía. Al gobierno de Jhigwool no le gustaba en absoluto lo sucedido.

La liberalidad en todos los aspectos era la norma imperante en Jhigwool, junto con una tácita neutralidad, aceptada por todos los demás gobiernos planetarios. El robo del diamante-rubí venía a representar una violación de aquella naturalidad y el gobierno de Jhigwool, según un portavoz oficial, no estaba dispuesto a tolerar que nadie lo tomase como objeto de una posible disputa entre dos planetas, sistemas solares o sectores galáctico.

Era una declaración más bien retórica que efectiva. Quienquiera que se hubiese llevado la piedra, había planeado el golpe con todo detenimiento, a fin de evitar fallos perniciosos, pensó Hugo. Y a estas horas, los ciento diez kilos de diamante-rubí, estarían ya a millones de kilómetros de distancia

De pronto, se pegó una palmada en la frente.

—¿Cómo no lo he pensado antes? —mascullló.

Volaba por uno de los canales de media altura, a unos quinientos metros sobre el suelo, mediante el piloto automático, y después de recordar algo que hasta entonces había permanecido agazapado en su mente, recobro los mandos y se precipitó hacia abajo a la máxima velocidad permitida.

Unos minutos más tarde, estaba de nuevo en el «*Maghic*». Era una agradable casualidad, se dijo, mientras cruzaba el vestíbulo en dirección al mostrador de recepción.

—Por favor, ¿la habitación de Subeira R'Holl? —solicitó cortésmente del atildado recepcionista.

—Lo siento, señor; la señora R'Holl ha salido. No puedo decirle cuándo regresará...

—¿Ha cancelado su cuenta? —Si era así, significaría que ella había abandonado Jhigwool.

—No, señor; por el momento, no tengo noticias de que piense dejar el hotel.

—Gracias...

Una pesada mano se apoyó de pronto en el hombro izquierdo de Hugo. Alguien dijo:

—Acabo de oír hablar de la señora R'Holl. ¿Quiere decirme, amigo, qué interés tiene usted en esa dama?



El hombre que acababa de interpelarle tenía otra mano izquierda y, naturalmente, dos derechas. Era un hexápodo de Jawar —algunos, impropiamente, los llamaban «*hombres-araña*», cosa incierta, porque eran muy torpes para trepar—, y sólo entonces Hugo recordó haber visto uno de tales ejemplares humanos a bordo de la «*Rayo Loco*». El secuaz de Subeira era medio palmo más alto que él, aunque no tan fornido aparentemente.

Los hexápodos no solían usar armas. Simplemente, empleaban sus cuatro

puños, y los movían con increíble rapidez, martilleando con la velocidad de una ametralladora eléctrica. Hugo conocía muy bien los resultados del campeón de boxeo jawariano de la última temporada. En la prueba de velocidad, el «*as*» había conseguido la nada despreciable cifra de cuatrocientos ochenta y cuatro puñetazos por minuto ciento veintidós por cada mano, dos puñetazos por segundo y mano. En cinco segundos, por tanto, aquel asombroso sujeto podía propinarle veinticinco golpes, y cada uno de ellos tendría la misma potencia que el inmediatamente precedente. Hasta los diez minutos, no empezaría a notar señales de cansancio, lo que significaban cuatro mil ochocientos cuarenta puñetazos... suponiendo que resistiese más allá de veinte o treinta. Y, a lo que parecía, el jawariano estaba dispuesto a realizar una demostración pública de sus habilidades.

En otro aspecto, y salvo la natural longitud del tórax, superior a la de los humanos bimanos, el jawariano era un hombre corriente. Los ojos eran oscuros, muy penetrantes, y la boca, de labios delgados y pálidos, estaba distendida en una sonrisa que a Hugo le pareció de anticipado placer.

—Estoy buscándola, simplemente —respondió al cabo—. Y no creo que eso te interese.

—Me interesa —dijo el jawariano —. Ella no quiere verle... ni tampoco le gustan los curiosos.

Hugo adivinó un aumento de la tensión interior del hexápodo. Se disponía a atacarle.

—Sin dejar de sonreír, se volvió hacia el recepcionista.

—¿Están permitidas las peleas en este hotel? —consultó.

—Bajo la exclusiva responsabilidad de los interesados, señor —respondió el empleado.

—Muy bien. Entonces, le ruego tome nota que yo me he limitado a preguntar, con toda cortesía, por la señora R'Holl; que no conozco a este caballero, que no le he hecho objeto de ninguna demostración de befa, mofa o burla, que tampoco le he dicho nada que pueda considerarse como insulto y que si soy atacado, la responsabilidad será sola y exclusivamente de él.

—Así lo declararé, caballero —dijo el recepcionista solemnemente.

—¡Basta ya de cháchara! —graznó el jawariano—. Puedo dar cuatrocientos veintinueve golpes por minuto, pero, para ti, me bastarán menos de doce. No obstante, permitiré que te defiendas. ¡En guardia!

—¿Lo has oído, amigo? —exclamó Hugo, dirigiéndoos al recepcionista.

—Sí, señor.

El jawariano emitió un sonido, mezcla de rugido y silbido, y se precipitó sobre Hugo, moviendo sus cuatro brazos como aspas de molino. En el mismo instante, Hugo puso los codos sobre el mostrador y, apoyándose de codos en ellos, disparó los dos pies con tremenda potencia.

Alcanzado de lleno en el rostro, el hexápodo retrocedió trastabillando, a la vez que espurreaba sangre por boca y narices. Pero bajo su delgadez, se escondía una fortaleza física poco común. En aquel cuerpo no había más que

músculos, sin una sola onza de grasa.

Pero Hugo sabía cómo pelear con un hexápodo; no en balde llevaba años enteros recorriendo los más diversos planetas de la galaxia y había conocido a toda clase de gentes. Alguien le había enseñado cómo derrotar a un jawariano y se dispuso a poner en práctica tales enseñanzas.

Cuando el hexápodo se lanzaba de nuevo a la carga, Hugo dio un salto prodigioso y se elevó en el aire a más de dos metros de altura. El jawariano, instintivamente, elevó los dos brazos superiores. En el mismo instante, los dos pies de Hugo, con diferencias de fracción de segundo golpearon seca y duramente sus antebrazos.

Un gemido de agonía brotó de los labios del hexápodo. Hugo tocó el suelo y volvió a saltar. Los dos puntapiés siguientes fueron dirigidos a los antebrazos inferiores

Unos segundos más tarde, el jawariano yacía por tierra, contorsionándose de dolor. El recepcionista creía soñar.

—No había visto jamás una cosa semejante, señor —confesó.

—Declarará usted que fui provocado injustificadamente, espero —dijo Hugo.

—Cuente con ello, señor. —La cabeza del empleado se movió irónicamente—. Es posible que se agoten hoy las existencias de escayola en el Hospital General —añadió, burlón.

Hugo se inclinó sobre el caído, cuyo rostro aparecía deformado por el dolor de la cuádruple fractura.

—Puedo romperte las dos piernas —dijo amenazadoramente—. ¿Dónde está Subeira?

—En la nave vigilando los trabajos de reparación...

Hugo se enderezó y se volvió hacia el mostrador.

—Encárguese de este hombre —dijo, a la vez que depositaba un billete de veinte áureos en la mano del empleado—. Y gracias por todo, amigo.

—A usted, señor.



Las reparaciones de la «*Rayo Loco*», así como la reposición de víveres, eran trabajos que durarían al menos una semana. Hugo se enteró bien pronto y en consecuencia, tomó sus disposiciones.

Era lógico que la «*Rayo Loco*» tuviese algunas averías. Los inspectores no permitirían a su propietaria que volviese de nuevo al espacio, sin una adecuada revisión de las instalaciones de los salvavidas. La fuga de Hugo se había producido con demasiada rapidez, sin las debidas precauciones, y algunos mecanismos habían resultado dañados gravemente. Durante dos días, Hugo trabajó activamente en determinados asuntos y, al tercero, se presentó

en la nave.

Subeira en persona acudió a recibirle. Sardónicamente, miró su reloj de pulsera y dijo:

—Madrugas demasiado para ser un hombre sin trabajo.

—Es que, en ocasiones, conviene el madrugón. Sobre todo, cuando es la hora de empezar el trabajo.

—No entiendo —dijo ella, desconcertada por aquella insólita respuesta.

—Faltan dos minutos para las ocho. A esa hora deben presentarse los técnicos que reparan tu nave.

—Sí, es cierto...

—Pero no vendrán.

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Subeira, fijos en el rostro del joven, despedían llamas.

—¿Qué has hecho? —preguntó ella al cabo.

—Sólo puedo decirte que los trabajos de reparación de tu nave se han suspendido definitivamente —declaro Hugo, impertérrito—. Pero voy a darte una oportunidad. Cinco millones, contra el diamante-rubí.

—No lo tengo...

—Doblo la cifra, Subeira.

—Hugo, por los doscientos cincuenta mil demonios galácticos, ¿de dónde puedes sacar tú tanto dinero? —preguntó la mujer, atónita, porque se daba cuenta de que el joven hablaba absolutamente en serio.

—Eso no debe preocuparte en absoluto. Dame la piedra. Tengo el cheque en el bolsillo y está garantizado por el primer Banco intergaláctico.

—No tengo la piedra.

Hugo fijó la vista en el ancho rostro femenino.

—Estarás aquí hasta que se te pudra la nave—aseguró—. No podrás disfrutar de tu botín, créeme.

—Estás equivocado...

—Ya hemos hablado bastante, Subeira. Y te he dicho el máximo a que puedo llegar, para evitar más males mayores. Diez millones son una cifra muy respetable, créeme equivalente a tus beneficios de cinco años.

Hugo hizo una corta pausa.

—No sé quién te encargó robar la piedra ni cuánto piensa pagarte por la tarea —añadió—; pero yo, en tu lugar, aceptaría mi propuesta sin pensármelo dos veces. Quizá, en lugar de unos cuantos millones, te encuentres con un puñal percutiente entre las costillas. Siempre es más barato pagar a un asesino profesional y en Jhigwool abundan más que las moscas en un estercolero.

Subeira pareció sentirse muy impresionada por aquellas palabras, pero no dio señales de ceder. Hugo giro sobre sus talones y volvió a su aeromóvil.

A las diez de la mañana, alguien llamó a la «*Estrella de Oro*» y preguntó por Hugo. Kutta le pasó la comunicación inmediatamente.

La figura de Arith, el pigmeo, ocupaba la pantalla por completo.

—Tengo noticias para ti, Hugo —dijo Arith.

—Has encontrado a Iris.

—No. Todavía no sabemos nada. Me refiero a Subeira R'Holl.

—Oh… Sigue, Arith.

—A las nueve y cinco minutos, fue recibida por Ruprecht Ahawassi.

—Una buena noticia, en efecto. ¿Algo más?

—Para visitar a Ahawassi, cuando no se pertenece a su círculo íntimo, se necesitan semanas y semanas de espera. Ella ha entrado en las oficinas del banquero como si fuesen propias. Los empleados, incluso, curvaban el espinazo a su paso. Ni siquiera se ha molestado en llamar al despacho de Ahawassi; simplemente ha abierto la puerta… Eso es todo lo que hemos conseguido averiguar, Hugo.

—Es mucho. Gracias, Arith.

—Seguimos tras la pista de la chica. Te llamaré en cuanto sepamos algo —se despidió el pigmeo.

CAPÍTULO VIII

Hugo se preguntaba qué relaciones podían existir entre la capitana de una nave pirata —o poco menos—, en otros aspectos, una persona como muchas más, refiriéndose solamente al simple hecho de poseer una astronave oficialmente destinada al comercio, y un hombre casi todopoderoso como Ahawassi. Para Ahawassi, los capitanes y propietarios de astronaves eran poco más que basura y no había motivos para que alguien de la catadura de Subeira entrase en las oficinas superiores de Ahawassi como si fuese el pasillo de su propia casa.

Pero si podían existir aquellos motivos. La piedra de Fethomir era un pretexto más que suficiente para que Ahawassi permitiese a Subeira el paso libre hasta su sanctasanctórum. ¿Había robado Subeira el diamante-rubí por encargo del banquero?

La moral de Ahawassi, cuando se trataba de conseguir algo que le interesaba, era inexistente. Sin duda, pensó Hugo, tenía un buen servicio de información y se había enterado de la llegada de alguien con dinero suficiente para conseguir la joya.

Ciertamente, Fethomir estaba en deuda con Ahawassi; pero, a pesar de toda su inmensa fortuna, la valía del diamante-rubí alcanzaba una cifra casi prohibitiva para él. A fin de cuentas, la deuda de Fethomir no era un pasivo fácilmente negociable. Sí, era un planeta muy rico y sus productos rendían grandes beneficios, pero los dos billones de áureos no se podían reunir en billetes con demasiada facilidad.

Por tanto, y en vista de la posibilidad de ser derrotado, Ahawassi había optado por la solución más fácil: el robo del diamante-rubí. Y, sin duda, se trataba de una operación planeada desde hacía bastante tiempo, lo que significaba que Ahawassi conocía casi desde el primer momento la competencia que podía representar Zottyn y sus cuatro billones.

Preocupado por el problema, pero más todavía, porque aún no tenía noticias de Iris, sintió la necesidad de explayarse y se lo contó todo a Kutta, de quien sabia era absolutamente discreta. Por el albergue de Kutta habían pasado demasiadas personalidades y se habían realizado allí un sinnúmero de operaciones de todas clases, y nadie sino los interesados habían llegado a saberlo. La seguridad de Kutta, y también su éxito, estribaban en su absoluta discreción, que sólo quebrantaba en contadísimos casos.

—Pero, ¿cómo? ¿No lo sabias? —exclamó, cuando Hugo le relató la entrevista de Subeira con Ahawassi.

—¿Qué es lo que tengo que saber? —preguntó él, intrigado.

—Subeira y Ahawassi son hermanos, hombre. Ella usa el apellido R'Holl porque es el de su difunto esposo y porque, de este modo, muchas de sus

operaciones, realizadas para su hermano, no le perjudican a éste si salen mal o reciben una publicidad innecesaria.

—Esta vez, sin embargo, han mandado la discreción al diablo —observó Hugo—, Los empleados, si desconocen el detalle, se habrán asombrado al verla moverse por el edificio de oficinas como si fuese propio.

—Algunos, los de las plantas superiores, están enterados, pero son mudos como bloques de cemento. De todos modos, ya tienes un dato más para tus investigaciones

Hugo se pellizcó el labio inferior.

—La piedra, no me cabe duda, está en la «*Rayo Loco*». He podido parar el golpe que supondría el despegue de la nave con el diamante-rubí a bordo, pero no creo que Ahawassi tarde mucho en contrarrestar la operación.

—Quizá haya una solución —apuntó Kutta.

—¿Sí? —Hugo la miró inquisitivamente. Kutta tenía cuarenta años temporales, pero su aspecto era el de una mujer de escasamente veintidós. En sus cuatro décadas de existencia, Kutta Korr había llegado a adquirir una serie de conocimientos en todas partes, como muy pocos podían imaginar.

—Te costará dinero —avisó ella—. Cobra muy caro por sus servicios.

—Si da resultado, será barato Habla de una vez, por favor.

—Muy bien.

Kutta fue a un escritorio situado en un ángulo de la estancia. Escribió algo en un «*bloc*», arrancó la hoja y se la entregó a su huésped.

—Dile que te envío yo —indicó—. A veces, ni por dinero accede a las peticiones de sus clientes.

—Gracias, hermosa.

Hugo besó la mejilla de la mujer. Dio media vuelta y salió, mientras leía el nombre escrito por Kutta. El sujeto aconsejado se llamaba Rumal Gajee, vivía en la Avenida 400, número 23.078, y, como pudo comprobar más tarde, era telépata de profesión.



Gajee leyó la nota que le entregaba su visitante, hizo un leve gesto de asentimiento y luego dijo:

—Cincuenta mil, por diez minutos. Cada minuto más son otros diez mil áureos. Naturalmente, no le cobro el tiempo de exposición de su problema, sino que los diez minutos empiezan a contar desde el momento en que inicio mi concentración mental. ¿Puede pagar esa suma, señor Tylon?

Hugo miró fijamente a su interlocutor, un hombre alto, delgado, de cráneo superior a lo normal, totalmente afeitado, con ojos de mirada tremendamente penetrante, nariz aguileña y boca que era apenas un trazo incoloro en el rostro marfileño.

—Puedo pagar —contestó.

—Entonces, hable.

Gajee cerró los ojos, mientras el joven relataba todo lo ocurrido hasta el momento. Al terminar, Gajee levantó una mano:

—Empieza el tiempo.

Todo su cuerpo se puso en tensión. A los pocos momentos, Hugo, que guardaba un silencio absoluto, vio aparecer en la frente de Gajee numerosas gotas de sudor. Las manos del telépata estaban crispadas, pero su pecho apenas si se movía, en una respiración prácticamente suspendida.

Seis minutos después, Gajee emitió un hondo suspiro, se relajó y abrió los ojos.

—Me ha costado bastante —se quejó.

—No he regateado su precio —dijo Hugo, temiendo un aumento en la cifra primeramente solicitada.

—No pensaba pedirle más dinero. La piedra está en la cámara de mandos de la «*Rayo Loco*», debajo del asiento del copiloto. Hay también otros objetos, pero no me he entretenido en examinarlos. En realidad, ella no pensaba en esas cosas, sino en la piedra.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

Gajee sonrió.

—A juzgar por lo que me ha contado usted, la señora R'Holl piensa casi constantemente en el diamante-rubí. Por tanto, yo me introduje en su cerebro

—Comprendo —dijo Hugo—. Muy bien, pagare los cincuenta mil, y ahora cien mil más, si me averigua el paradero de Iris de Fethomir.

Calmosamente, Hugo extrajo de su bolsillo un fajo de billetes. Separó cinco de diez mil áureos y luego contó diez de la misma denominación.

—¿Quién secuestró a Iris? —preguntó Gajee, después de que Hugo le hiciera un breve relato del caso.

—No tengo la menor idea... pero puede introducirse en la mente de Kimor de Freli. Él estaba presente en el momento del secuestro. ¿Ha oído hablar de Kimor de Freli?

Gajee asintió. Sacó un pañuelo, se lo pasó por la cara y volvió a concentrarse.

Esta vez transcurrieron veinte minutos. Hugo se estremeció al pensar en los honorarios del vidente. Cada minuto de más, eran diez mil áureos. Hasta aquel momento, la deuda era ya de doscientos cincuenta mil.

De repente, Gajee sufrió una terrible convulsión.

—¡No! —gritó desesperadamente—. ¡No me haga eso...!

El cuerpo del telépata se arqueó horriblemente. Hugo, espantado, retrocedió un par de pasos. Gajee había rodado por el suelo y estaba apoyado solamente por la cabeza y los talones, como si se hallase bajo la acción de un ataque de tétanos.

La curva del cuerpo se arqueó todavía más. Ahora, la delgada figura de Gajee era, vista de perfil, una semicircunferencia. De repente, se oyó un ruido

horripilante.

Gajee quedó tendido cuan largo era, completamente inmóvil, con la boca torcida y los ojos casi saltados. Hugo sintió pánico, porque aquel espeluznante chasquido había sido producido por la columna vertebral del vidente, al romperse como una caña seca.

Pero, al mismo tiempo, adivinó también una cosa.

Subeira se había descuidado en sus precauciones y por ello no había bloqueado su mente, a fin de hacerla impermeable a las pesquisas telepáticas de un posible enemigo. Merced a ello, Hugo conocía ya el escondite de la piedra.

En cambio, los raptores de Iris sí habían sabido calcular todas las posibilidades y se habían prevenido contra los dardos mentales de un telépata que quisiera conocer el paradero de la muchacha. Y no sólo se habían prevenido, sino que habían sabido contraatacar ferozmente, haciendo que Gajee se matase a sí mismo, de aquella forma tan espantosa, incapaz de resistir al poderoso mandato de una mente de fuerza incalculable.

Hugo pensó que debería tener en cuenta aquel dato, para cuando lograse averiguar el paradero de la muchacha. Lanzó una triste mirada al cuerpo que yacía flácidamente sobre la alfombra, dio media vuelta y se encaminó en busca de la salida.



Mientras regresaba, Hugo empezó a pensar en la forma mejor de llegar hasta el diamante-rubí. Se preguntó por qué Subeira lo había escondido precisamente bajo el asiento del copiloto y qué otras cosas había en aquel lugar y que, sin duda, debían de ser muy importantes para ella. No lejos de su posición, divisó, sobre la azotea de un edificio, la silueta de un cisne gigantesco, el animal símbolo de las empresas Ahawassi.

Nadie se explicaba por qué Ahawassi había elegido el cisne como tótem. A menos que lo hubiese hecho pensando en que, antiguamente, el cisne era considerado símbolo de la sabiduría. Como fuese, era algo que no tenía mayor importancia.

De pronto, se le ocurrió una idea y varió el rumbo de su aparato, tras haber realizado los cambios pertinentes de canales y de señales anticolisión. Quince minutos más tarde, se posaba en el campamento de los pigmeos de Xil-Pho.

Torko, en sustitución del jefe, que se hallaba ausente, acudió a recibirle. Hugo se inclinó un poco y el pigmeo trepó ágilmente por su brazo izquierdo, hasta situarse en el hombro.

—Celebro verte, Hugo —dijo Torko—. ¿Algo de nuevo?

—Hasta ahora, sólo una cosa. Ya sé dónde está el diamante-rubí —

contesto el terrestre.

—Lo que no es poco —comentó el pigmeo alegremente—. Pero apostaría algo bueno a que te gustaría mucho más saber dónde está la chica.

—Eso, ni se discute siquiera. Torko, necesito que me hagas un favor.

—Si puedo…

—Creo que sí. Escucha un momento.

Hugo habló rápidamente. Torko reflexionó, minutos más tarde después de que el joven hubiera terminado su no demasiado largo parlamento.

—Puede hacerse —dijo al cabo el pigmeo—. ¿Crees que dará resultado?

—Estoy seguro de ello. Torko; ¿quién de los tuyos puede hacerlo?

—Yo mismo, hombre. ¿Para qué buscar a otro? —contestó orgullosamente el diminuto individuo— ¿Cuándo lo tendrás listo? —quiso saber.

—Dame veinticuatro horas —pidió Hugo.

—De acuerdo. Aquí estaré, mañana, a esta misma hora.

—Díselo a Ushkyr; no me gustaría actuar a sus espaldas.

—Vete tranquilo, muchacho.

Hugo ocultó una sonrisa. Resultaba irónico que un hombre que era diez veces más pequeño le llamase de semejante manera. Pero, a fin de cuentas, no era el tamaño lo que contaba, sino la edad, y Torko tenía quince años más que él.

Trabajó duramente el resto del día, parte de la noche y casi toda la mañana siguiente, ajeno al bullicio exterior. La población había asimilado ya el robo de la piedra y el secuestro, y la feria continuaba. Hubiera sido preciso una catástrofe apocalíptica para que se interrumpiese el famoso festejo que duraba un mes y que era esperado ansiosamente por las gentes ávidas de divertirse, además de los traficantes de toda especie. Ya nadie se ocupaba del diamante-rubí ni mucho menos de su desaparecida propietaria.

Y si alguno comentaba el suceso, lo hacía burlonamente, diciendo que todo había sido un truco publicitario y que Iris aparecería en cualquier momento, con la joya. «*Lo único que quiere es elevar su precio*», oyó Hugo en una ocasión.

A la hora convenida, estaba en el campamento de los pigmeos, cargado con una serie de bultos, cuyo objeto parecía incomprensible por el momento. El jefe estaba enterado de los propósitos de Hugo y había dado su aprobación al plan. Cuando se disponía a partir, en compañía de su minúsculo ayudante, oyó el tintineo de llamada del transmisor de su aeromóvil.

Conectó el aparato.

—Hugo, tengo noticias para ti —dijo Kutta, cuyo rostro aparecía en la pequeña pantalla del cuadro de mandos.

—Supongo que serán interesantes —opinó él.

—Lo son. Ha llegado el doctor Malowy. ¿Sabes quién es?

—No tengo la menor idea...

—El mejor especialista en trasplante de cerebros.

Hugo contuvo el aliento.

Kutta añadió:

—Por si no lo sabias. Malowy es el cirujano preferido de los biónicos. Por tanto, su presencia en Jhigwol sólo puede significar una cosa: hay una intervención quirúrgica en perspectiva.

—Yariwa me ha engañado —dijo Hugo amargamente.

—Lo siento. Hoy día, los biónicos, por volver a ser humanos, son capaces de cualquier cosa.

—¿Sabes dónde se hospeda Malowy?

—No, aunque intentaré averiguarlo...

—De todos modos, una operación semejante no es cosa que se realice en unos minutos. Los preparativos duran al menos, una semana, y no hace tanto tiempo que han secuestrado a Iris. Procura averiguar dónde se aloja ese cirujano sin conciencia. Como le ponga la mano encima, las suyas van a quedar convertidas en papilla.

—Descuida, Hugo.

La pantalla se apagó. Hugo hizo despegar al aparato.

—A tipos como Malowy debían rebanarle el pescuezo —farfulló Torko —. Son la escoria de la galaxia, aunque sean notabilidades científicas o médicas. ¡Francamente, dan asco!

—Esa es la vida, grandullón —dijo Hugo filosóficamente—. Unos deben morir, para que otros vivan.

—Lo cual es injusto y, por lo tanto, inmoral. Pero con estas quejas no conseguiremos modificar la situación, muchacho. Vamos a arreglar lo poco que podamos y procuremos no fallar. A ver, explícame cómo funciona el trasto que debo utilizar en primer lugar.

—Ahora mismo, Torko.



El vigilante de la astronave estaba junto a la compuerta de acceso, sentado en una silla, mientras distraía su turno de guardia mediante la lectura de una revista gráfica De cuando en cuando, bostezaba aparatosamente. En el silencio de la noche, no se dio cuenta de la diminuta figurilla que asomaba por la parte inferior de la entrada.

Torko descolgó de su espalda la mochila que había llevado consigo y que contenía un tubito de vidrio, de unos cuatro centímetros de largo, por uno de diámetro. El tubo estaba lleno de un líquido ambarino y se hallaba provisto de un mecanismo de apertura automática, situado en el gollete que le confería un aspecto parecido al de una botella de licor.

Un segundo después, empezó a brotar del gollete un hilo de humo apenas perceptible. Torko, apenas abierto el tubo, retrocedió vivamente,

desapareciendo del lugar.

El hilo de humo ascendió serpenteando hasta el rostro del vigilante, cuya nariz se arrugó un par de veces, al percibir un olor extraño. Pero el olor era tan débil, que llegó a creer se trataba de una ilusión de sus sentidos. A fin de cuentas, estaba frente a la escotilla abierta de par en par y del cercano astropuerto y del algo más alejado bosque situado en el lado opuesto, llegaban efluvios diversos. Dejando de lado el incidente, volvió a su lectura, pero treinta segundos más tarde, rodó a un lado y quedó completamente inmóvil sobre el suelo

—Ahora me toca a mí —dijo Hugo.

El frasco que llevaba a la espalda era diez veces mayor; por tanto, medía cuarenta centímetros de altura y cuatro de diámetro. Lo dejó en el suelo, abrió la espita y corrió a cerrar la compuerta por la parte exterior. La cantidad de gas generado por el líquido contenido en el frasco, alrededor de seiscientos centímetros cúbicos, era más que suficiente para inundar el interior de la «*Rayo Loco*» y conseguir narcotizar al resto de los tripulantes, habida cuenta de que en aquellos momentos ninguno estaba protegido por mamparos estancos.

Hugo aguardó quince minutos más. Entonces, abrió la compuerta y, sin vacilar, entró en la nave, con Torko metido en el bolsillo izquierdo de su camisa. El gas narcótico había perdido ya su efectividad y la atmósfera del interior era perfectamente respirable.

Un minuto más tarde, se hallaban en la cámara de mando. Desde el bolsillo, Torko formuló una observación a su amigo terrestre:

—Hugo, tú eres muy fuerte, pero el diamante-rubí pesa nada menos que ciento diez kilos. No dudo de que puedas levantarlo en vilo, aunque me cuesta más creer que puedas llevarlo en brazos durante mucho rato.

—Descuida —sonrió el joven—. Ya había pensado en eso y he venido prevenido. ¿Por qué te crees que he traído conmigo este maletín elástico?

Hugo llevaba en la mano lo que parecía una bolsa de lona, fláccida en aquellos instantes. La bolsa, sin embargo, tenía como base una plataforma de unos setenta centímetros de largo, por treinta de ancho y cinco de grueso. Torko supuso que el joven se la había hecho fabricar expresamente para la ocasión, pero no era capaz de imaginarse el verdadero objeto de lo que Hugo había denominado maletín elástico.

Lo primero que hizo Hugo fue empujar el respaldo del sillón del copiloto. Probó hacia adelante, pero no obtuvo el menor resultado. Entonces, dio la vuelta y, agarrando el asiento con ambas manos, por debajo, empujó seca y fuertemente hacia arriba.

Se oyó un fuerte chasquido. El sillón giró sobre su base. Un cuadrado de un metro de lado giró al mismo tiempo, dejando a la vista un hueco, en cuyo interior despedía mil deslumbrantes fulgores el diamante-rubí.

Había más cosas en el hueco. Hugo vio una colección de diamantes-rubí, de tamaño y pureza realmente fascinadores. Lo menos, calculó a ojo, había un

par de miles de quilates. Pero lo que llamó su atención de forma poderosa fue la libreta de tapas negras que había también en aquel hueco.

Hojeó la libreta apresuradamente. Algunas de las anotaciones le dejaron literalmente sin respiración. Finalmente, después de mucho reflexionar, decidió guardarla.

A continuación se inclinó, asió el diamante-rubí con ambas manos y lo depositó en el interior de la bolsa. Después de cerrarla, presionó un botón situado cerca de una de las esquinas de la base. Luego agarró el asa y lo levantó sin el menor esfuerzo.

—Es un maletín dotado de dispositivo antigravedad —explicó al asombrado pigmeo.

Torko meneó la cabeza.

—Eres el hombre de los mil recursos —comentó —. Estoy seguro de que no vas a saber qué hacer con el dinero de la recompensa.

Hugo soltó una alegre carcajada.

—Torko, en este mundo, lo malo no es tener demasiado dinero, sino no tener nada —contestó desenfadadamente.

—Puede que tengas razón, pero antes de empezar a gastar ese dinero, tienes que resolver otros problemas. Por ejemplo… Subeira sabrá muy pronto que has sido tú el autor de la recuperación de la piedra. Cuando eso suceda, tu existencia no va a tener nada de envidiable.

—Tal vez, aunque como puedes comprender, venía preparándome para semejante eventualidad. He preparado un escondite y sólo una persona lo conoce: Kutta Kurr, la dueña de «*La Estrella de Oro*». Si averiguáis algo sobre Iris, Kutta me dará vuestro mensaje.

—Se lo advertiré así a los demás —prometió Torko—. ¿Cuándo entregarás la piedra?

—De momento, callaré su recuperación. Puede que los secuestradores de Iris se pongan de uñas y, aun dándose cuenta de que están perdidos, quieran sacar algo por ella. El diamante-rubí podría servirme para solucionar el conflicto, cosa que no sucedería si lo entregase inmediatamente.

—Tú sabrás lo que te haces —dijo el pigmeo con aire filosófico—.Pero, como sea, cuenta con nuestra ayuda.

Gracias, Torko.

CAPÍTULO IX

Dormía tranquilamente, cuando le despertó el timbre del videófono. Al abrir los ojos, Hugo, asombrado, comprobó que había dormido casi doce horas de un tirón.

—Será que la posesión de la piedra me ha infundido tranquilidad de espíritu —se dijo de buen humor, mientras apartaba a un lado las ropas de la cama.

Descalzo, cruzó el dormitorio y llegó a la sala del modesto apartamento que había alquilado días atrás. Dio el contacto y el hermoso rostro de Kutta Kurr apareció de inmediato en la pantalla.

—Para ser el hombre encargado de una trascendental misión, no madrugas demasiado —dijo Kutta sarcásticamente—. Casi la una del mediodía y tú en la cama…

—Me acosté muy tarde —se disculpó él—. ¿Para qué me has llamado, para disfrutar del inmenso placer de ver mi cara bonita?

—Tu cara, como más atractiva está, es a oscuras. Hablemos en serio. Hugo. Vístete y ven inmediatamente a mi casa

—¿Por qué? ¿Sucede algo?

—Haz lo que te digo —rezongó la mujer.

Hugo frunció el ceño. De pronto, vio que Kutta movía los labios, formando una palabra, que pudo leer en aquellos movimientos. Entonces comprendió que Kutta temía ser escuchada a través de una derivación de la línea videofónica.

—Está bien, iré lo antes posible —prometió.

Una hora más tarde, entraba en el dormitorio de Kutta.

La dueña de «*La Estrella de Oro*» yacía en el suelo, con una pierna recogida bajo el cuerpo y la mano izquierda apoyada en el estómago. A través de los dedos, fluía todavía la sangre de la herida que le había arrebatado la existencia.

En el primer momento, Hugo sintió un fortísimo golpe en el pecho. Luego se arrodilló junto a la mujer caída, por si se podía hacer algo por ella.

Entonces, Kutta abrió los ojos, pero estaba ya tan débil que no tenía fuerzas para mover los labios. Lo único que pudo hacer fue mirar hacia un punto del suelo, situado a unos centímetros de su mano derecha, separada del cuerpo.

Con su propia sangre, y empleando la yema del dedo índice, Kutta había trazado una cifra: el 2. ¿Había sido atacada por dos asesinos?, se preguntó Hugo lleno de congoja

Kutta se estremeció ligeramente y dejó de respirar. Hugo permaneció inmóvil unos momentos. Luego, de pronto, se irguió y miró a la muerta.

Kutta, perdóname por lo que voy a hacer, pero estoy seguro de que si vivieras, no pondrías ninguna objeción a mi proyecto —murmuró, como si ella pudiera escucharle.

Luego miró hacia la puerta del dormitorio. El apartamento de Kutta tenía dos entradas, una de ellas reservada, que daba directamente al mismo, sin necesidad de pasar por el local. ¿Quiénes eran los que habían usado la entrada privada, por otra parte prohibida a la inmensa mayoría de los mortales?

Cuando los encuentre, les retorceré el pescuezo —masculló furiosamente, mientras se disponía a poner su plan en práctica.

✲ ✲ ✲

Yariwa, la mujer biónica, abrió la puerta de su cuarto, y se sorprendió vivamente al reconocer a su visitante.

—¡Hugo! ¿Qué haces tú por aquí? —exclamó—. Has tenido suerte de encontrarme; estoy haciendo ya las maletas para regresar a Macchinus.

—Y volver al año siguiente a la feria, a ver si tienes mejor suerte que en el presente, ¿no?

Ella hizo una mueca.

—Creo que voy a tener que seguir viviendo otros seis siglos —contestó —. Pero, pasa, no te quedes en la puerta. Seguramente, tienes algo interesante que decirme.

Silenciosamente, Hugo sacó una fotografía y se la tendió a la mujer biónica. Yariwa contempló la imagen unos instantes y luego alzó la vista hacia el joven.

—Es muy hermosa y tiene un cuerpo bonito, aunque ya parece algo madura, ¿no?

—En el momento de su muerte, tenía cincuenta años temporales. Como puedes apreciar, aparentaba treinta o cosa así.

—«*Tenía…*» —repitió Yariwa—. ¿Está muerta?

Hugo hizo un gesto de aquiescencia.

—No es exactamente mi tipo, pero estoy ya más que harta —declaró Yariwa—. Quedándome con ese cuerpo, pierdo más de veinticinco años...

—La medicina temporal no descansa. Esa mujer habría podido vivir cien años más. Acaba de hacerse pública la comunicación de un eminente científico, que asegura haber logrado alargar la vida en cuarenta o cincuenta años más —dijo Hugo muy serio—. Tu aspecto seguirá siendo el mismo dentro de un siglo, sin contar con la cirugía estética.

—¿Cuánto pides por ese cuerpo?—preguntó Yariwa instantáneamente.

—Iris de Fethomir.

Yariwa retrocedió un paso.

—No puedo —dijo sordamente.

—¿Por qué? —preguntó Hugo, satisfecho de ver que su flecha había dado en el blanco.

—Compréndelo... Son de mi raza.

—¿Quién se va a llevar el cuerpo de Iris?

—No es seguro que..

—Jariwa, el doctor Malowy está en Jhigwool y no ha venido a curar a alguien una inflamación de amígdalas. La clínica secreta donde se realizan esas operaciones está en alguna parte y tú lo sabes. Tengo el cuerpo de Kutta Korr en perfectas condiciones para un trasplante Ahora... toma tú misma la decisión.

Yariwa se retorció sus manos mecánicas.

—Me lo pones muy difícil, Hugo —se lamentó

—Quieres ser leal a los tuyos; pero, ¿qué han hecho ellos por ti? —replicó el joven agudamente—. Estoy seguro de que te encontrabas en un turno anterior a la que se va a quedar con el cuerpo de Iris. Vienes a Jhigwool desde hace cuatro o cinco años. Deberías tener preferencia sobre la otra, pero no; se lo han concedido a ella En tal caso, ¿por qué guardarles lealtad?

—Si accedo, Malowy no quiera tal vez operar.

—Es el mejor, pero no el único. Hay otros muchos que hacen lo mismo que él y con excelentes resultados. Además, sé que Malowy tiene una gran afición a incrementar su cuenta corriente.

—Cien mil áureos no significan nada para él —dijo tristemente la mujer biónica.

—Pero si un millón o dos. Y yo puedo darle esa suma.

—Hugo, tú bromeas.

—Hablo absolutamente en serio. En todo lo que te he dicho, no hay una sola mentira.

Sobrevino un instante de silencio. Al fin, Yariwa esbozó una sonrisa.

—Sí, qué diablos —exclamó—. Esa chica debía haber sido para mí y en lugar de concederme su cuerpo, se lo van a dar a una que tiene muchas influencias con el gobierno y sólo lleva viviendo doscientos años. Te ayudaré, Hugo.

—Gracias. Ya puedes empezar a hablar —dijo él, satisfecho del giro que había tomado la conversación.

Al terminar, se dispuso a marcharse Yariwa agarró su brazo un instante.

—Hugo, dime, ¿qué hacia esa mujer? —preguntó

—Tiene... tenía un albergue, en el que se ofrecía de todo: buena mesa, buenos vinos... y mujeres hermosas.

—Tal vez me guste esa profesión —dijo—. Al menos, allí no faltarán hombres.

—Te sobrarán —se despidió Hugo, riendo con fuerza.

* * *

El edificio, situado en el centro de un extenso jardín, debía de estar muy bien protegido contra posibles ladrones, pensó Hugo, mientras contemplaba la residencia desde unos mil metros de distancia, con la ayuda de unos potentes prismáticos. Había, además, media docena de perros bicéfalos de Sark, animales fieros como ninguno y, era de suponer, también habría guardianes equipados con las armas más sofisticadas.

Incluso cabía que tuviesen anuladores automáticos de gases adormecedores. Para Hugo, la única forma de penetrar en aquella especie de fortaleza, era empleando un método no previsto por los autores de los sistemas de defensa.

Y él creía haberlo encontrado. Por supuesto, el asalto debería realizarse durante las horas nocturnas. Claro que existía la posibilidad de que alguien emplease visores de rayos infrarrojos pero el que había ideado era el mejor plan posible, calculaba.

Su única desventaja estribaba en que ya no tenía mucho tiempo para preparar el asalto con las máximas garantías de éxito. La operación de trasplante de cerebro no podía tardar ya mucho. Quizá no faltaban ya ni veinticuatro horas para su iniciación.

Hugo aguardó pacientemente en aquel lugar, dejando que las horas transcurriesen aburridamente Pasadas las doce de la noche, se dispuso a actuar

Lo primero que hizo fue ceñirse al cuerpo un arnés, provisto de mecanismo antigravedad. Inmediatamente, se elevó en el aire, con una bolsa de lona colgada de su cuello. En la oreja derecha, llevaba un amplificador de sonidos, tan sensible, que le permitiría escuchar el ruido de las patas de una mosca, caminando sobre un cristal, desde cinco metros de distancia. No obstante, había graduado el aparatito para sonidos más normales, a fin de que sus tímpanos no padeciesen por un exceso de ruido.

Voló a unos treinta metros sobre la casa, en las tinieblas. Al rebasar la tapia, metió la mano en la bolsa y sacó algo que dejó caer en el jardín. Debajo de él, sonaron los amenazadores gruñidos de los canes de dos cabezas. Hugo siguió su vuelo, sin dejar de echar trozos de carne, empapados de narcótico de acción lenta. Se felicitó de haber tomado aquella precaución, porque casi en el acto, oyó voces en el jardín.

—Eh, tú —dijo alguien—, parece que los perros están muy alarmados.

—Lo hacen siempre —contesto otro de los guardias—. Basta que alguien pase a media milla de este lugar, para que se pongan en guardia. No hagas caso; de momento, sólo gruñen. Empieza a actuar cuando ladren, ¿entiendes?

—Sí, tienes razón. Ahí veo a uno tan tranquilo.

Hugo continuó su vuelo, hasta alejarse cosa de dos kilómetros. Descendió en un prado y sacó de la bolsa que había contenido los cebos, un

termo con café caliente.

Una hora más tarde, juzgó que los canes estarían ya dormidos. El narcótico de acción lenta, impedía una alarma prematura en los guardianes. Alzó el vuelo nuevamente y regresó hacia la casa.

Al hallarse sobre la vertical del edificio, descendió lentamente, hasta posar sus pies en el tejado. Sin perder el contacto, aunque protegiéndose con el aparato antigravedad en funcionamiento, fue deslizándose hacia abajo, hasta quedar a poco frente a una ventana situada en la segunda planta.

Tanteó los vidrios. La ventana estaba cerrada. No tendría más remedio que recurrir al viejo sistema del diamante y la ventosa. Momentos después, podía abrir y penetró en el interior, sin dificultades.

Escuchó unos momentos. Dentro de la casa, todo parecía tranquilo. Cruzó la habitación, un dormitorio vacío en aquellos instantes, y se asomó al corredor.

Al otro lado, había un biónico junto a una puerta. El biónico estaba armado con una pistola radiante.

Pero dormía, sentado en una silla. Los biónicos necesitaban el sueño, ya que tenían un cerebro completamente humano. Podían pasarse sin comer ni beber, necesidades eliminadas de su organismo mecánico, pero no sin dormir

Hugo contorneó el corredor, pisando de puntillas. Llegó junto al centinela y, con todo cuidado, le desabrochó la camisa. Sobre el cinturón, apareció lo que parecía una diminuta portezuela. Hugo la hizo girar a un lado, metió la mano en el pequeño hueco y dio media vuelta a una llavecita.

El hombre mecánico estaba ya desconectado. Los mecanismos que alimentaban su cerebro, seguirían funcionando automáticamente, pero aquel cerebro ya no emitiría órdenes a los miembros del cuerpo. Ni siquiera podría lanzar un grito de aviso. Por supuesto, mucho menos podría moverse.

Tranquilo al respecto, abrió la puerta y encendió la luz. Un hondo suspiro de alivio se escapó de su pecho. Había acertado.



Al disiparse las tinieblas, Iris abrió los ojos. Hugo avanzó rápidamente hacia la cama.

—No grites —recomendó en voz baja.

Ella le miró con infinito asombro.

—¡Hugo! ¿Qué haces aquí?

—Será mejor que no perdamos tiempo en explicaciones. Anda, vístete pronto; hemos de marcharnos inmediatamente.

—Pero, ¿por qué? Aquí estoy bien

Hugo la miró de reojo.

—No hablas en serio —dijo.

—¡Claro que sí! ¿Por qué iba a engañarte? Decidí tomarme unos días de descanso, hasta que llegase el momento de la subasta

En aquel momento, Hugo se dio cuenta del engaño a que había sido sometida la muchacha. Indudablemente, había sido drogada de tal modo, que aún creía hallarse retirada en aquella residencia por propia voluntad. Tal vez formaba parte del programa de preparación de la operación de trasplantes de cerebro, se dijo.

—La subasta no se ha celebrado, porque alguien robó el diamante-rubí —declaró el joven fríamente

—Estás loco, Hugo. Todavía faltan veinticuatro horas. Mira mi reloj de pulsera; señala una fecha.

—Ese reloj ha sido arreglado, lo mismo que tu mente—atajó él con vivo acento—. Mira el mío. La subasta debía celebrarse el catorce. Estamos a diecisiete. ¿Piensas acaso que estoy aquí, pasada la medianoche, sólo por el placer de burlarme de ti?

Iris frunció el ceño. Lo que decía Hugo parecía congruente, razonable.

—Estás pensando que me encuentro aquí contra mi voluntad —dijo ella.

—Lo pienso y lo afirmo —contestó Hugo profundamente.

—Bien, pero, en tal caso, ¿por qué...?

—Estás en una clínica secreta de los hombres biónicos de Macchinus. Alguien te trajo aquí, para que tu cuerpo pase a alojar el cerebro de una biónica.

Iris palideció.

—No puede ser

—Te aseguro que es la pura verdad. ¿Qué interés tendría yo en engañarte? A fin de cuentas, no me importas en absoluto y tu suerte me es indiferente.

—Vaya —se lamentó ella —. Pensé que algo tendría yo para hacerte venir aquí, a altas horas de la noche.

—Sí, los veinticinco millones de la recompensa —respondió Hugo—. Anda, vístete de una vez; estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Te aseguro que no entiendo nada

—Estás bajo los efectos de una droga, muy suave, no perniciosa, pero de la suficiente potencia para que creas cosas que han infiltrado en tu mente y que jamás han sido realidad.

—Pero si estoy secuestrada, eso no tiene objeto. Vigilándome bien...

—Eso les evita compromisos. Desconocen tu carácter y no saben si eres capaz de reacciones que puedan perjudicarles. Haciéndote creer que estás por tu propia voluntad, se ahorran muchos inconvenientes.

—Eso sí parece razonable —murmuró Iris—. Bien, si tienes la bondad de volverte..

—Claro —sonrió él.

Iris abandonó la cama y se vistió rápidamente, con un traje de una sola pieza, de color marfil, que moldeaba a la perfección las líneas de su esbelta

figura. Se ahuecó un poco los cabellos y declaró hallarse lista para seguir a Hugo.

—Muy bien, vámonos —dijo él.

Entonces, reparó en el traje que llevaba puesto la muchacha, harto distinto de los que había usado hasta aquellos momentos.

—Tu indumentaria es cómoda, pero… ¿compraste tú ese traje? —preguntó.

—Nunca tuve un traje semejante —declaró.

—Más a mi favor —sonrió él.

—Sí, es cierto —convino Iris, mordiéndose los labios—, Por lo visto, mi sino es deberte la vida constantemente.

—En esta ocasión, me guía el interés monetario —dijo Hugo, a la vez que asía el tirador de la puerta.

Abrió. Un hombre biónico le apuntaba con una pistola a dos pasos de distancia.

No intente resistir o dispararé —dijo el semirrobot.



Varios biónicos más acudieron apresuradamente, por el corredor. Hugo se dio cuenta de que toda resistencia era inútil.

La pistola era de tipo muy antiguo, de pólvora y calibre 22. Aquellos diminutos proyectiles, que no medían más de cinco milímetros y medio, podían matar tan bien como los calibres superiores. De pronto, Hugo recordó el diminuto orificio que había visto entre los senos de Kutta. No cabía la menor duda; su amiga había sido asesinada con una pistola del mismo calibre.

Hugo levantó las manos.

—No me resistiré —aseguró.

—Lo celebro —dijo el biónico—. Ah, permítame que me presente. Baldo Ghisrod, director de esta clínica.

—Donde se asesina a la gente —exclamó Iris impetuosamente.

—Ah, su amigo le ha contado ya lo que pasa —sonrió Ghisrod—. Si no me equivoco, se trata de Hugo Tylon.

—En efecto, ése es mi nombre —admito el aludido.

—Muy bien, Hugo, Iris, lo lamento por ustedes, pero la situación no admite cambios sustanciales. Iris acabará en el quirófano y, en cuanto a usted, Hugo…

—De repente, uno de los biónicos dio un paso hacia adelante.

—Jefe, es mi turno Ese humano me gusta. ¿Por qué no me da su cuerpo?

Divertido ante la perspectiva, Ghisrod, de reojo, miró al joven.

—¿Le gustaría que su cráneo albergase otro cerebro, Hugo?

—¿Puedo hacer algo para evitarlo?

—No, evidentemente, no. Celebro que no trate de resistirse, Hugo.

Ghisrod hizo un gesto con la mano. Dos biónicos avanzaron hacia el terrestre y le quitaron el arnés con el aparato volador. Luego lo asieron por los brazos y se lo llevaron casi en vilo

—Adiós, Iris —gritó el joven—. Lamento haber fracasado...

—Hiciste lo que estuvo en tu mano —contestó ella.

Los biónicos se llevaron a Hugo por la escalera que conducía a la planta baja, situada en el lado opuesto del corredor, que contorneaba casi por completo el espacioso vestíbulo. Sin dejar de sonreír, Ghisrod movió la mano ligeramente.

—Vuelva a su habitación, señorita —ordenó.

Repentinamente, Iris se sintió atacada de una furia salvaje, como no había sentido nunca hasta entonces. Con gesto totalmente imprevisible, saltó hacia adelante, con los brazos extendidos y las manos juntas, y propinó a Ghisrod un terrible empellón.

Cogido por sorpresa, Ghisrod no pudo resistir el impulso y retrocedió con gran violencia. Chocó contra la barandilla, pero el empujón había sido fortísimo y saltó por encima, estrellándose contra el suelo, a cuatro metros y medio de distancia, con sonoro ruido de vidrios rotos y metales quebrados.

Desde la planta baja, Hugo, que había tenido tiempo de contemplar la escena, lanzó una exclamación.

—¡Bravo, Iris!

Los restantes biónicos se habían quedado momentáneamente desconcertados, a causa de un hecho que resultaba insólito para ellos. Pero repentinamente, se oyó una voz tonante que sonaba cerca de la entrada:

—¡Cumplan las órdenes de Ghisrod! ¡Aunque haya muerto, todo debe seguir su curso normal!

Hugo volvió la cabeza. El hombre que acababa de hablar llevaba puesta una bata blanca y sobre el pecho se veían los tubos de goma de un fonendoscopio. Inmediatamente, adivinó que se trataba del doctor Malowy.

—¡Lleven la mujer al antequirófano! —ordenó el galeno—. Pronto, no podemos perder ya más tiempo.

Hugo intentó resistirse, pero sus captores, aparte de fuertes, habían recobrado inesperadamente una moral perdida segundos antes y resistieron todos sus esfuerzos. Mal de su grado, se vio arrastrado hasta una habitación situada en el sótano, cuya puerta se cerró de golpe a sus espaldas.

En aquel momento, se sintió deprimido, perdido el ánimo por completo. Cuando quisiera reaccionar, resultaría ya tarde para salvar a Iris del horrible destino que la aguardaba.

* * *

Los ayudantes de Malowy eran biónicos y se afanaban en realizar los preparativos de la operación. Iris había sido tendida sobre una camilla, a la cual estaba sujeta por sendas correas. De la mujer biónica a la que debía entregar su cuerpo no había, por el momento, ningún rastro. Pero ello no significaba nada; antes de que se hiciese de día, habría dejado de existir

Si, su cuerpo seguiría viviendo, pero con otro cerebro, con una mente distinta, con una idiosincrasia y una personalidad absolutamente diferentes. Pero ni en las células ni en los músculos ni en los huesos, ni en las vísceras de su cuerpo había alma. El alma estaba en el cerebro y volaría de este mundo cuando lo sustituyesen por el de la mujer biónica.

De pronto, uno de los auxiliares se acercó al cirujano y le dijo algo al oído. Malowy asintió.

—Muy bien, empezaremos dentro de diez minutos —dijo como respuesta al sibilino informe del biónico.

En aquel instante, Iris se creyó en el deber de intentar un último esfuerzo por evitar la horrible suerte que le habían destinado aquellos sujetos sin conciencia.

—¡Doctor! —llamó.

Malowy se volvió hacia ella.

—Diga, señorita...

—¿No le remuerde la conciencia hacer una cosa así? Cambiar el cerebro de un ser semimecánico al cuerpo de un humano total, ¿le parece algo legítimo y aplaudido por la gente?

—Mis opiniones sobre el particular no cuentan, señorita —respondió el cirujano—. La ciencia me apasiona, y esta operación, como todas las que he realizado, servirá para que un cerebro sano y capaz de las mayores empresas, sustituya a un cerebro vulgar, cuando no enfermo o en deficientes condiciones psíquicas. Le haré el favor de definir su cerebro como vulgar, aunque he de reconocer que tiene un cuerpo magnifico, y no lo digo sólo por su silueta, pero, créame, la persona que vivirá en ese cuerpo a partir de ahora es mil veces superior a usted.

—Le han engañado, doctor. No hay un cerebro superior al otro. Todos son iguales por nacimiento y por derecho. Lo que está haciendo es, sencillamente, un crimen.

—Es ciencia —dijo Malowy orgullosamente—. En su país, Macchinus, la mujer que vivirá a partir de ahora en su cuerpo, es un famoso científico. A partir de ahora, su contribución a la civilización alcanzará cotas jamás igualadas...

—¡Tonterías! Esa zorra lo único que quiere es mi cuerpo para disfrutar. La ciencia le tiene sin cuidado como a usted. ¿Cuánto le pagan por matarme, doctor?

El rostro de Malowy se puso rojo con la grana.

—¡Basta! —exclamó—. No quiero seguir discutiendo más...

De repente, lanzó un agudo chillido, a la vez que encogía la pierna

derecha y se asía el tobillo con la mano del mismo lado.

Iris le miró desconcertada. El chillido de Malowy se repitió, y ahora tuvo que agacharse para llevar la mano izquierda al otro tobillo. Pero, de súbito, se enderezó de un salto, que separó sus pies del suelo más de un metro.

Iris contemplaba la escena con ojos de pasmo, sin comprender en absoluto lo que sucedía. Malowy saltaba como un loco, chillando frenéticamente, como si hubiese sido atacado por un enjambre de molestas avispas.

Los chillidos alcanzaron un tono ensordecedor. Bruscamente, uno de los biónicos emitió un extraño sonido y se desplomó al suelo.

Entonces, Iris bajó la vista y vio que las avispas tenían figura humana



El antequirófano hormigueaba de pigmeos y, a cada segundo que transcurría, entraban más y más, todos ellos armados con unos diminutos fusiles, enteramente adecuados a su tamaño, con los que hacían fuego constantemente, sin darse un momento de respiro. Aquellos diminutos proyectiles, ninguno de los cuales podía tener más de medio milímetro de calibre eran, sin embargo, suficientes para causar en el organismo de una persona la misma sensación de la picadura de una avispa.

Pero los biónicos también caían, y la muchacha adivinó que ello se debía al fuego concentrado de varios fusiles en un mismo punto, lo que causaba la perforación de la capa metálica que protegía los mecanismos internos. Además, los pigmeos procuraban disparar a los circuitos ópticos que sustituían a los ojos. Y, aunque en un principio los biónicos intentaron reaccionar, después, abrumados por el número, perdida de nuevo la moral, sobre todo porque veían a Malowy revolcarse por el suelo como un poseso, abandonaron la partida y emprendieron la huida a la máxima velocidad que les permitían sus piernas mecánicas.

Un nutrido grupo de pigmeos trepó hasta la camilla y empezó a soltar a la muchacha. Uno de ellos se sentó en su pecho y la miró socarronamente.

—Eres la chica de Hugo —dijo Arith.

Iris se sonrojó vivamente.

—Sólo somos conocidos —respondió.

—El parece chiflado por ti. Claro que yo puedo engañarme.

Torko lanzó un grito en aquel instante.

—Ya está suelta. Bájate, Arith.

Iris aguardó a que los pigmeos se hubiesen quitado de su cuerpo. Luego saltó de la camilla y se precipitó hacia Malowy, que todavía seguía quejándose

—¿Dónde está Hugo? —preguntó la muchacha, furiosamente.

—Abajo, en el sótano

—¡Vamos! —gritó Iris.

Encabezando a la espesa bandada de pigmeos, Iris se lanzó hacia la salida. Detrás de ella se oía un fuerte zumbido, la suma de numerosos chillidos de satisfacción de aquellos diminutos seres. Iris se preguntó de dónde había podido aquel pigmeo sacarse la idea de que ella y Hugo estaban destinados el uno para el otro.

«*Bien mirado, es un tipo atractivo*», se dijo. Pero hasta entonces no se había sentido inclinada hacia ningún nombre y abrigaba la esperanza de que su situación actual continuase durante mucho tiempo.

En pocos minutos, estuvo en la planta baja. Buscó puerta por puerta, golpeando en todas ellas frenéticamente, hasta que oyó una voz al otro lado de una de ellas.

—¡Iris! —gritó Hugo

—Estoy bien —manifestó ella—. Tus amigos, los pigmeos, han venido a salvarnos. Los biónicos han sido derrotados.

Hugo soltó una alegre carcajada.

—Siempre dije que era bueno tener amigos por todas partes —exclamó —. Pero no tengo llave.

—No te preocupes; abriremos como sea.

Arith trepó como un gato por sus piernas y llegó hasta su hombro.

—Vamos a disparar en forma de semicírculo, alrededor de la cerradura. Esto será más que suficiente...

—Se necesitarán miles de proyectiles —alegó Iris.

—Tenemos de sobra —contestó Arith—. Vamos, muchachos, abran fuego.

Un centenar de fusiles iniciaron inmediatamente sus descargas. Arith era el director de tiro y suspendió el fuego cuando cada fusil había disparado veinte cartuchos.

—Basta —ordenó— Iris, ahora te toca a ti. Deja que me baje primero, por favor.

—Sí, desde luego.

Segundos después, Iris pegaba un fuerte puntapié a la puerta.

—Es una suerte que el constructor de la casa prefiriese las viejas y decorativas puertas de madera —dijo sonriendo, cuando Hugo abandonaba su encierro, a la vez que le tendía las dos manos.

—La suerte es que hayas estado tú aquí —contestó él.

—No podía marcharme sin ayudarte, compréndelo.

Hugo hizo un gesto de aquiescencia. Luego miró a la hormigueante masa de pigmeos que les rodeaban.

—Gracias, amigos —dijo.

Un chillón clamoreo subió hasta sus tímpanos. Cientos de minúsculos brazos se alzaron en señal de saludo.

—Creo que es hora de iniciar la retirada —dijo Hugo—. Aguárdame en

el vestíbulo; voy a buscar el arnés con el propulsor antigravedad.

—¿Para qué? —replicó ella—. Aquí, en el garaje, debe de haber más de un aeromóvil.

—Pues... si, tienes razón —convino el joven—. Vamos a buscar uno de esos cacharritos. El regreso será así más cómodo.

Seguidos por los pigmeos, se encaminaron hacia la salida. Los perros bicéfalos yacían en distintos puntos del jardín. Dormirían hasta bien entrado el día.

Pero en el momento en que salían de la casa, mi grupo de personas les cerró el paso. No eran muchos, cuatro o cinco, y todos hombres de aspecto hostil, a excepción de la mujer que los capitaneaba, cuya expresión no era precisamente de simpatía hacia Hugo y su hermosa acompañante.

* * *

—Bien —dijo Subeira—, parece que he llegado a tiempo de evitar una nueva derrota. Ahora, sin embargo, seré la vencedora y, créeme, Hugo Tylon, no habrá nada que pueda evitar mi victoria.

—Hablas como en los folletines —rió el joven—. ¿Por qué te consideras vencedora, si ya estás derrotada?

—Tú robaste el diamante-rubí..

—¿Era tuyo acaso?

—Si hubieses venido a verme, yo te habría dado una buena parte —gruñó la mujer.

—Subeira, no me tomes por tonto. Ya intentaste matarme en el espacio, cuando enviaste a aquel esbirro a mi camarote. ¿Puedes pensar razonablemente que yo sería capaz de hacer un arreglo contigo para repartirnos el dinero que alguien pueda pagar por la piedra?

—Al menos, deberías haberlo intentado.

—¿Con la hermana de Ruprecht Ahawassi?

Subeira se puso rígida.

—De modo que lo sabes —dijo roncamente.

—Me enteré no hace mucho. Y eso explica la facilidad con que llegas al despacho del hombre más importante de este sector de la Galaxia. ¿Te encargó él del robo de la piedra, porque sabía que no iba a poder pujar en la subasta?

—¡Mi hermano tiene dinero...!

—Menos que otros —cortó. Hugo fríamente.

—Como sea, para mi eres un ladrón —dijo Subeira violentamente—. Al menos, no negarás que me has robado algo que estaba en mi nave.

—Más de lo que te supones —sonrió Hugo.

Ella pareció desconcertarse.

Hugo adivinó que Subeira sabía que él tenía el diamante-rubí, pero que, con toda seguridad, no había mirado en el escondite o, en todo caso, se había limitado a echar un rápido vistazo, sin entrar en más detalles, al encontrarse a su tripulación dormida. Casi lamentó aquellas palabras, pero ya no había tiempo para rectificar.

La cara de Subeira se hinchó, a la vez que enrojecía, pareciendo que iba a estallar como una bomba. De su garganta se escapó un ronco grito:

—¡Te voy a matar, especie de bastardo inmundo! Esto ha colmado ya mi paciencia y…

Hugo levantó la mano

—Te aconsejo moderación —dijo—. Tú has venido acompañada por cinco de tus secuaces, pero yo tengo cien veces más ayudantes. El doctor Malowy y los biónicos han podido experimentarlo a su costa.

—¿Crees que eso me da miedo? —bramó la mujer—. Sabía que eres muy amigo de los pigmeos y, en consecuencia, he venido preparado para enfrentarme con ellos. ¡Rugger! —llamó.

Uno de los piratas avanzó en el acto.

—¡Señora!

Subeira sonrió torcidamente. Hugo sintió un escalofrío al ver el aparato que Rugger llevaba pendiente de la espalda, del que salía una manguera flexible que iba a parar a sus manos, por delante. La manguera estaba terminada en un pico de cerámica, especial para resistir altísimas temperaturas.

Entre los pigmeos se elevaron chillidos de horror. Lo que llevaba el tripulante de la «*Rayo Loco*» era, simplemente, un lanzallamas.

—Diles a tus amigos que no intervengan o los abrasaré —añadió Subeira, satisfecha de la impresión causada por su esbirro.

—Arith, dejadnos solos —ordenó Hugo—. Este es un asunto que debemos zanjar personalmente.

—Celebro que lo sepas ver así —rió Subeira —. ¿De qué manera prefieres morir?

—Si fueras más guapa, diría que en tus brazos, pero preferiría convertirme en ermitaño antes que disfrutar de las «*delicias*» de tu lecho —contestó Hugo sarcásticamente—. Y no te vayas a creer que, pese a haber perdido la ayuda de los pigmeos, soy ya pato muerto.

—Eso vamos a verlo inmediatamente —bramó la mujer, herida por partida doble en su amor propio—. Nunca dijeron nada semejante de mí

—Alguien tenía que ser el primero, ¿no?

—Pero, bueno —intervino Iris bruscamente—, ¿es que se van a pasar todo el tiempo hablando, apostrofándose como dos perros ladradores, atados a sendas cadenas? ¿Qué hacen? ¿A qué esperan ya? ¿O es que a los dos la fuerza se les va por la boca?

Subeira dio un ligero respingo. Hugo sonrió para sí. Con aquellas palabras, Iris sólo pretendía distraer la atención de sus adversarios.

Repentinamente, lanzó un terrible alarido, a la vez que se elevaba en el aire, moviendo los pies con espantosa velocidad.

El pecho de Subeira recibió un golpe tremendo, que la lanzó a unos pasos de distancia, pese a su corpulencia. Todavía en el aire, Hugo estiró la pierna izquierda y alcanzó la mandíbula del hombre del lanzallamas, que se desplomó fulminado.

Los otros, sorprendidos, no habían tenido tiempo de reaccionar. Apenas puso los pies en el suelo, Hugo se apoderó de la manguera del lanzallamas y la orientó hacia los restantes piratas.

—¡Ni un movimiento más u os abraso! —exclamó— Todas las armas, al suelo, ¡ahora mismo!

Los piratas, aterrados, obedecieron en el acto. Cuatro pistolas radiónicas y otros tantos puñales percutientes chasquearon contra el pavimento de la entrada al edificio. Iris, rápida, se apoderó de las armas, la mayoría de las cuales fueron a parar a la piscina cercana. Con una pistola en la mano, se volvió hacia el joven.

—Estamos listos —dijo—. Podríamos marcharnos

—Será mejor que antes encerremos a estos granujas —declaró Hugo. Miró a Subeira que, sentada en el suelo, se frotaba con la mano la parte afectada por el golpe y sonrió—: Mi abuelo, un hombre listo donde los haya, porque todavía vive, me espeta de cuando en cuando su refrán favorito: «*Nunca cantes victoria hasta tener la gallina en la cazuela*». Te aconsejo lo recuerdes para lo sucesivo.

Un cuarto de hora más tarde, se disponían a abandonar el lugar, tras haber dejado a Subeira y sus secuaces en lugar seguro. El doctor Malowy apareció entonces en el vestíbulo. Se movía con paso incierto, con los ojos perdidos en un punto infinitamente lejano. Hugo pensó que el cirujano debía de haber tomado alguna droga, tal vez para olvidar su fracaso, posiblemente por librarse del dolor de sus diminutas heridas... Pero fue hacia él y lo sacudió fuertemente por un brazo.

—Doctor, ¿quién disparó la contra descarga mental que mató a Gajee, el vidente? ¿Fue usted?

—Hay un sistema de protección... que actúa automáticamente.. —contestó Malowy con aire ausente.

Hugo hizo un movimiento. Si, se imaginaba lo ocurrido. Allí, en la clínica secreta habían sabido protegerse mejor que Subeira en su propia nave. Pero, al final, no les había servido de nada e Iris seguiría siendo ella misma durante el resto de sus días.

Sonriendo alegremente, agarró el brazo de la muchacha y la empujo hacia la salida.

—Y ahora —exclamó—, vamos a ver si damos principio al acto final del drama.

¿Dónde tendrá lugar? —quiso saber Iris

Hugo se lo dijo y ella se quedó atónita.

CAPÍTULO XI

A media mañana, Iris oyó que llamaban en la puerta de su alojamiento y acudió a abrir. Sus ojos se dilataron por el asombro, al ver a Hugo ataviado de una forma que se le antojó disparatada y carnavalesca.

—¿Adónde vas, vestido como si fueses un héroe de historieta de ciencia-ficción? —exclamó.

—Es necesario —contestó él—. Todo, en este mundo, tiene su objeto, y ni una hoja de árbol se mueve sin un fin definido. Pero si no quieres venir conmigo.

—Oh, sí, claro que sí, aunque debieras haberme traído una máscara para mí, a fin de que no me vean colorada hasta las orejas todo el rato —dijo Iris sarcásticamente.

Tenía motivos para la ironía Hugo llevaba puesta una aparatosa capa, plateada por fuera y con el forro de suave terciopelo rojo, pantalones ceñidos, también plateados, con perneras azules, y botas del mismo material. En la cabeza llevaba un gran casco, con un extraño penacho de finos hilos de metal, cuyo diseño parecía el producto de la pesadilla de un pintor drogado. Pendiente del costado izquierdo llevaba un aparatoso puñal, con refulgente mango de oro y piedras preciosas.

—De guardarropía, claro —dijo Hugo sonriendo, al ver las miradas de Iris fijas en el arma—. ¿Vamos?

—Ahawassi se morirá del susto al verte —manifestó ella—. Yo misma no estoy segura de lo que veo… Quizá esté dormida aún...

Sorprendentemente. Ahawassi les recibió sin hacerles esperar demasiado. Incluso se mostró agradablemente cortés con los visitantes, a los que ofreció de beber, derrochando amabilidad y simpatía. Hugo y la muchacha aceptaron sendas tazas de café, después de lo cual, el joven decidió iniciar su ataque.

—Seguramente, se está preguntando por qué hemos venido a visitarle, señor Ahawassi —dijo—. Seré bien claro: estamos aquí, yo para acusarle del asesinato de Kutta Korr, y la señorita Fethomir, del robo de la piedra. Claro que este delito no tiene importancia, porque el diamante-rubí ha sido recuperado ya. Pero el crimen subsiste y estoy dispuesto a hacer todos los posibles para que sea castigado.

Una tenue sonrisa apareció en los labios de Ahawassi.

—Su fantasía le ha jugado una mala pasada —contestó—. Nunca he conocido a la tal Kutta Korr, por lo que mal se puede hablar de mi participación en su muerte. En cuanto al diamante-rubí, todo el mundo sabe de mi interés por la piedra. Por tanto, no tiene sentido que yo planease su robo, cuando podía muy bien adquirirla de una forma enteramente legal

—Eso no es cierto. Usted, como máximo, podía ofrecer dos billones, dos y medio si se quiere, pero nunca habría podido alcanzar la cifra a que estaba dispuesto a llegar cierto representante del gobierno de la Tierra, que está en Jhigwool, provisto de plenos poderes para ofrecer hasta cuatro billones. Usted lo sabía y por eso…

—¿Que yo lo sabía? —barbotó Ahawassi—. Tylon, está loco.

—No, no estoy loco.

Algo voló por los aires y fue a caer sobre la mesa del financiero. Ahawassi contempló con ojos críticos la libreta de tapas negras.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó torpemente.

—Lo sabe mejor que nadie. Ahí aparecen escritos los nombres de un montón de políticos y altos oficiales de la administración terrestre, que están en su nómina. Alguno de ellos, no cabe la menor duda, fue el que le avisó de la llegada de Grol Zotty, con cuatro billones en el bolsillo, para pujar por la piedra. Entonces fue cuando decidió pasar a la ofensiva y planeó el robo del diamante-rubí, cosa harto sencilla, porque es el propietario de la compañía de sistemas de segundad que se encargó de proteger la joya.

«Pero el robo era poca cosa, si no se acompañaba de cierta maniobra de distracción que podía completar su plan perfectamente. Era preciso aprovechar los días de la feria, cuando hay más bullicio que nunca y cuando los biónicos vienen aquí en busca de cuerpos para sus cerebros. Todo el mundo podía pensar que la dueña era la autora del robo y que había desaparecido después, para no ser hallada En realidad, Iris aparecería más tarde, pero no sería ella, sino una mujer biónica, la cual, lógicamente, no podía ser acusada del hecho.

Ahawassi permanecía en silencio. Iris se dio cuenta perfectamente de la tensión a que estaba sometido y que se reflejaba en el húmedo brillo de su frente.

—Su hermana Subeira, cómplice de muchas de sus operaciones nada honestas —continuó Hugo implacablemente—, le ayudó en este asunto, como lo había hecho en otros muchos. Incluso, dado que muy pocos conocían sus lazos familiares, ella se encargaba de guardar en su nave esa agenda tan comprometedora, cosa que, por otra parte, le resultaba beneficiosa cuando tenía que tratar con políticos venales y corruptos de la Tierra, en sus viajes al planeta. Pero ustedes vieron en peligro sus planes, cuando se dieron cuenta de que mis investigaciones progresaban satisfactoriamente.

»Entonces, usted supo que Kutta Korr conocía ya el paradero de Iris. No sé cómo lo averiguó, aunque me imagino que debe de tener una red de informadores poco menos que perfecta. Quizá, sabiendo que yo me hospedaba en «*La Estrella de Oro*», tenía intervenidas sus líneas videofónicas. Es lo mismo: el resultado, fatal para Kutta, fue su visita, con una vieja pistola terrestre, del mínimo calibre veintidós. Pero debió asegurarse de que ella estaba muerta antes de abandonar su casa. Kutta tuvo tiempo de dejar un mensaje con su propia sangre.

Ahawassi se puso lívido.

—Tengo buena puntería —dijo roncamente.

—Luego lo admite, ¿verdad?

—No hay pruebas ¿Cuál fue el mensaje de Kutta?

—Una cifra: el dos. En un principio, pensé que quería decir que había sido asesinada por dos personas. Luego reflexioné; para disparar una pistola, sólo se necesita una sola mano. Y el número dos es la silueta estilizada del emblema de su empresa: el cisne. Kutta se dio cuenta, agonizante, de que no tendría tiempo de escribir siquiera un par de letras y, con el índice tinto en su propia sangre, escribió el número dos. Hay cosas, pensó usted sin duda, que no se pueden encomendar a los ajenos; es mejor hacerlo uno mismo con las facilidades que siempre había tenido para llegar por la entrada discreta al albergue. Kutta le acogió sin aprensiones y eso le resultó fatal —concluyó Hugo.

Las manos de Ahawassi temblaban convulsivamente.

—A pesar de todo, no hay pruebas

—Usted acaba de admitirlo hace un instante. Y el casco que llevo, no es el capricho de un tipo ávido de notoriedad o con el cerebro en malas condiciones, sino una pequeña emisora de televisión, conectada con la dirección de Seguridad. En Jhigwool, usted lo sabe muy bien, hay una enorme tolerancia en determinados aspectos, pero ninguna para los asesinatos cometidos con felonía.

Los ojos de Ahawassi se desorbitaron. Hugo finalizó:

—Subeira está ya detenida. En cuanto a usted, le aconsejo

De pronto, el asesino lanzó un horrible grito y echó mano a uno de los cajones de su mesa. Una pistola brilló casi en el acto, pero el ostentoso puñal del disfraz de Hugo volaba ya por los aires y se enterró en el pecho de Ahawassi hasta el mango.

Ahawassi permaneció rígido un instante. Luego, como una marioneta a la que le cortasen de repente los hilos, se derrumbó a un lado.

Iris volvió la vista a un lado. Hugo elevó los ojos ligeramente.

—Seguridad, ¿me han recibido bien?

Alguien contestó, a través de los auriculares internos del casco:

—No nos hemos perdido detalle. Tylon. Siga ahí; las patrullas están a punto de llegar

Gracias.



Con ojos maravillados, Grol Zottyn pasó la mano por la brillante superficie blancorrosada del diamante-rubí. La habitación estaba en penumbra, pero la piedra parecía poseer una luz propia, que hacía daño

contemplarla durante más de diez segundos seguidos.

—Hugo, la Tierra no te agradecerá nunca bastante lo que has hecho —dijo Zottyn—. Simplemente, la has librado de la dependencia de un hombre completamente desprovisto de escrúpulos. Hubiéramos tenido que bailar al son que él tocase…

—No entiendo —dijo Iris, presente en el acto—. El destino de la Tierra, ¿dependía de esta piedra?

—Sí —confirmó Zottyn—. Señorita, el diamante-rubí es elemento esencial en las comunicaciones interestelares. Los mensajes que se envían, por radio subespacial tienen como la característica principal de que los rayos deben atravesar antes una determinada cantidad de diamante-rubí, que multiplica su intensidad no menos de mil veces. Esa cantidad no puede ser inferior a los cinco centímetros cúbicos y, por razones de energía, muy elevada, el fragmento de diamante-rubí que se emplea en la emisora, se consume con relativa rapidez. Literalmente, acaba quemado... cosa que sucede en menos de un año.

»Ahora bien, si tenemos en cuenta que en este sector galáctico hay no menos de doscientas emisoras interestelares, tendremos que el consumo de diamante-rubí es muy elevado. Pero con su piedra, las necesidades quedan cubiertas para un espacio de tiempo no inferior a treinta y un años, plazo más que suficiente para dos cosas: el completo dominio por parte de Ahawassi, de las comunicaciones, con todo lo que ello significa, cosa que ya no se producirá, y el tiempo suficiente para la prospección de más cantidades de diamante-rubí, cuyas existencias estaban ya en vías de extinción, y también para la investigación de nuevas técnicas que nos liberen de estas necesidades o, por lo menos, que eviten un consumo tan elevado de diamante-rubí. Las doscientas estaciones emisoras están en constante funcionamiento y no se puede uno ni imaginar siquiera lo que habría sucedido si hubieran caído en manos de Ahawassi —finalizó Zottyn sus explicaciones.

—Vale más no pensar en ello —suspiró Iris—. Por fortuna, todo ha terminado bien; la deuda exterior de Fethomir quedará saldada y ello se lo debo a Hugo Yo también sabré ser agradecida y… ¡Hugo! ¿Dónde estás? —exclamó la muchacha, vivamente alarmada al observar la repentina ausencia del interpelado.

Zottyn sonrió.

—Se ha marchado —dijo—. Es un tipo muy independiente. Ahora se dedicará de nuevo a vagabundear… Por eso no progresó demasiado en las patrullas del espacio. No lo hemos lamentado por otra parte, como agente especial, suele ser hombre de excelentes resultados. Pero ahora se irá y no sé cuándo aceptará otra misión.

—Con el dinero de la recompensa puede vivir sin trabajar decenas de años —observó Iris, pensativamente.

Quizá usted pueda darle un empleo en Fethomir —sugirió Zottyn.

—Sí, sería cosa de intentarlo —convino la muchacha

* * *

El gentío era espeso, vociferante, chillón. De nuevo se veían toda clase de tipos por la calle: los enanos de Xil-Pho, los hexápodos de Jawar, los hombres biónicos de Macchinus, los camaleónidos de Ru-thor, los hombres esfera de Valik. En aquella feria, como en la de Jhigwool, se compraba y se vendía de todo: objetos de arte, maquinaria, joyas, cuadros, manjares exóticos, hombres, mujeres, niños. Todo podía comprarse y todo podía venderse en Frawassor.

De pronto, Hugo, que deambulaba entre el bullicio, vio una cara conocida. Un arito brotó irreprimible de sus labios:

—¡Kutta!

La mujer se volvió y sonrió.

—¡Hugo! —le tendió ambas manos—. Cómo me alegro de encontrarte en Frawassor. Pero mi nombre es Jariwa, recuérdalo.

Hugo la contempló fijamente durante unos segundos. Aquel hermoso cuerpo había vibrado de pasión con sus caricias. Pero ya no pertenecía a Kutta

—¿Cómo te encuentras siendo una mujer humana? —preguntó.

—¡Maravillosamente! —Yariwa puso los ojos en blanco—. Ser humano es, aunque parezca un contrasentido, algo divino.

—A fin de cuentas, estamos hechos a imagen y semejanza de Dios —dijo él sentenciosamente.

—Es tan fantástico... Claro que todavía, en ocasiones, me siento torpe; no es fácil acostumbrarse a un organismo que no tiene nada de mecánico. Pero antes de un año, no me acordaré ya de que una vez viví en un cuerpo artificial… Ahora puedo disfrutar del sabor de los alimentos, oler perfumes, sentir calor, frío. Me he bañado en los ríos y en el mar. Y todo ello te lo debo a ti, cariño.

—Sólo me limité a pagar un favor —sonrió él—. Dime, y en otros aspectos, ¿qué tal te sientes como mujer?

Yariwa le guiñó un ojo.

—¿Por qué no lo compruebas tú mismo? —sugirió maliciosamente.

Hugo vaciló. Si, aquel hermoso cuerpo podía volver a ser suyo nuevamente, pero el alma era de otra persona. No podría estrechar a Yariwa en sus brazos, sin pensar que era otra mujer

Algo le sacó de dudas en el acto: el golpe de una mano sobre su hombro:

—Señora, si este tipo quiere comprobar qué es una mujer, nadie sino yo está autorizada para hacerlo —dijo Iris de Fethomir.

Hugo se volvió bruscamente.

—¡Iris!

La chica sonreía de un modo peculiar.

—Me pregunté cuál era la feria más próxima y hallé que se celebraba una en Frawassor. Entonces, vine y…

—Adiós —se despidió Yariwa, pero ninguno de los dos le hacía ya caso.

—Tengo un trabajo para ti en Fethormir —dijo Iris—. Me acompañarás, supongo.

—¡Hum! —gruñó él.

—Es un trabajo muy interesante He pensado que a mi planeta le convendría montar también su feria. ¿Por qué no me ayudas, Hugo?

—¿Y después? —preguntó el joven.

—Después, podrás marcharte, si así lo deseas.

Iris sonrió y agregó:

—Pero creo que te quedarás para siempre en mi planeta.

F I N